

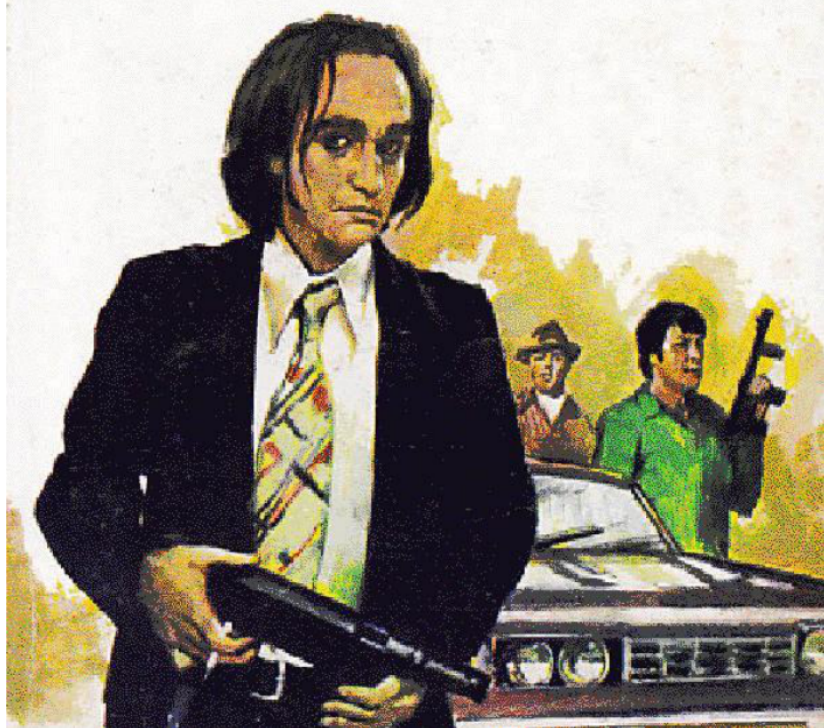
BOLSALIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

LOS HIJOS DEL AVERNO

Adam Surray



COLECCION

PUNTO ROJO



ADAM SURRAY

LOS HIJOS DEL AVERNO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 792
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 16.742 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1977

© Adam Surray, 1977

texto

© Jorge Nuñez - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.394. — Curso de asesinato acelerado.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878. — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

769. — Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO:

734. — Prohibido asesinar: coto privado.

En Colección COLORADO:

829. — Un caballo, un "Colt" y una mujer.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

258. — Más allá de la venganza.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

307. — Juez y verdugo.

CAPÍTULO PRIMERO

Richard Gibson decidid despojarse de la chaqueta.

Fuera cumplidos.

Lo interesante de la velada empezaba ahora. Así lo había dado a entender Maggie con aquel «voy a cambiarme de ropa».

Una cena magnífica.

Y ahora la botella de champaña esperaba en su frío recipiente.

Gibson dejó la chaqueta en una de las sillas del salón. Su diestra fue al costado izquierdo para apoderarse del revólver semioculto bajo el cinturón. Introdujo el arma en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Volvió a acomodarse en el largo sofá.

En la pequeña mesa con el servicio de la cena aún sin retirar, una cajetilla de «Dunhill».

Encendió un cigarrillo.

También pulsó el mando-control del televisor.

Mientras aparecía la imagen en pantalla dirigió una superficial mirada por la estancia.

El salón era amplio. La pieza más espaciosa del apartamento. Femeninamente decorado. Predominado los colores rojo y blanco.

En la pantalla del televisor un trío de melenudos berreando.

Richard Gibson se disponía a cambiar de canal, pero interrumpió el iniciado ademán quedando con la boca entreabierta.

No era para menos.

Maggie estaba bajo el umbral.

Sonriendo sensual.

Lucía un tenue *deshabillé* que trasparentaba sus dos diminutas prendas interiores de color negro.

Avanzó hacia el sofá.

Con leve ondular de caderas.

Se detuvo desafiante frente a Gibson.

—¿Descorchamos la botella, Richard?

—Más tarde.

Las manos de Gibson se posaron en la cintura femenina.

La atrajo hacia sí.

Maggie emitió un leve grito al caer en el sofá, pero reaccionó enlazando sus manos tras la nuca de Gibson. Entreabrió los carnosos labios en espera del beso que no tardó en llegar.

El *deshabillé* cayó al suelo.

Gibson contempló con admiración el escultural cuerpo oculto tan sólo por aquellas dos piezas de negro encaje. Sus senos erguidos, el vientre liso, la suave redondez de las caderas...

Se inclinó para besar de nuevo los húmedos labios que le esperaban anhelantes.

Despidiendo fuego.

—Uña diosa... Eso pensé al verte por el pasillo del avión. ¿Te has escapado del Olimpo?

Maggie rió divertida.

Una risa que incrementó el caudal de sangre que golpeaba en las sienes de Gibson.

—El televisor, Richard... ¿es necesario?

—No, diablos.

Aquel vociferante trío en nada contribuía a la escena amorosa.

Gibson alargó la mano izquierda tanteando por la mesa en busca del mando control.

El mando-control cayó sobre la alfombra.

—¡Maldita sea!

—Déjalo, Richard... déjalo... Ven...

Fue entonces cuando cesó de cantar el trío desapareciendo de la pantalla. Por unos instantes sonó la sintonía de avance de noticias. Asomó la imagen de uno de los locutores.

Empezó a hablar con voz deliberadamente ronca.

En sus manos un papel.

—Interrumpimos brevemente «El *show* de los Thatcher Brothers» para comunicarles una triste noticia recién llegada a nuestra emisora. Relacionada con la desaparición de Sandra Morley. Su cadáver ha sido hallado en Sybil Street. En uno de los bidones de basura. Bueno... en varios bidones.

Richard Gibson se había incorporado quedando sentado en el

sofá. Su mirada estaba fija en la pantalla del televisor.

El locutor siguió, después de una estudiada pausa.

—Sandra Morley ha sido brutalmente asesinada. Un crimen monstruoso. El descuartizado cuerpo de la infortunada Sandra ha aparecido repartido por entre los bidones de basura que...

Maggie accionó el mando control haciendo desaparecer la imagen.

—Por Dios, Richard... ¿cómo pueden interesarte esas noticias?

Gibson sacudió la cabeza.

Tomó la cajetilla de «Dunhill».

—Sí... Tienes razón. Ya debería estar acostumbrado a ellas. San Francisco pronto alcanzará a Nueva York en esta diabólica carrera de crimen y violencia sin freno.

—Impresiona el nombre de la víctima, Richard. La hija del ilustre Ken Morley. La publicidad y sensacionalismo que los medios de comunicación han dado a la desaparición de Sanara Morley ha sensibilizado a la opinión pública. Me has dicho que te dedicas al comercio, ¿verdad? Apuesto que ese vuelo a Nueva York ha sido tu máximo recorrido. Yo llevo años de azafata. He visitado la mayoría de los países del mundo. Violencia, muerte, hambre, miseria... ¿Podemos remediarlo? ¡No! Entonces es ridículo entristecerse con las desgracias ajenas. Yo me mantengo al margen.

—Una buena filosofía.

—La mejor, Richard. Vivir al máximo hoy pues tal vez no exista mañana.

Maggie se levantó del sofá.

No se molestó en recoger el *deshabillé*.

Me gusta tomar el champaña en la cama. Dame tres minutos para ducharme.

La mujer abandonó el salón.

Seguida de la mirada de Gibson, aunque sus ojos ya no la contemplaban lujuriosos.

Arrojó el cigarrillo a medio consumir.

Sobre la alfombra.

Richard Gibson fue hacia la silla para coger su chaqueta. Del bolsillo extrajo el revólver que guardó nuevamente bajo el cinturón en su costado izquierdo.

De profesión comercio.

Eso le había dicho a Maggie durante la amigable conversación entablada en el avión Nueva York-San Francisco.

La verdad era muy diferente.

Gibson no tomó la botella de champaña.

Tampoco se encaminó hacia el dormitorio de Maggie, sino que fue directamente al living.

Abandonó el apartamento.

Richard Gibson no era individuo de estómago delicado, pero algunas cosas le producían náuseas.

CAPÍTULO II

San Francisco es una ciudad construida sobre colinas.

Nob Hill, Russian Hill, Telegraph Hill, las gemelas Twin Peaks... Desde cualquiera de ellas se contemplaba el bello espectáculo de la San Francisco Bay.

Y desde la bahía se divisan los gigantescos bloques de cemento que configuran la ciudad.

Richard Gibson tiene su apartamento en el 1842 de Losch Street. Entre Russian Hill y Nob Hill. En el *parking* del edificio su «Buick Riviera» modelo 71 de techo rematado en v cuya punta alcanza al extremo de la cubierta. En color hueso. Un auto de diseño ya superado por los actuales modelos en el mercado; pero que Gibson cuidaba con cariño.

Aquél Riviera significaba mucho.

Coincidía con su consagración como investigador privado.

Fue en el año 1971.

El secuestro de Freddy Rosher. El magnate del acero John Rosher contrató los servicios de la Carlis Agency. Y Richard Gibson, novel detective recién llegado a la agencia, solucionó el caso rescatando al pequeño Freddy sano y salvo. Aventajando al Federal Bureau of Investigation. Dos asuntos más ejecutados con notable éxito permitieron a Gibson establecerse por su cuenta.

Queda ya muy lejos el año 1971.

Richard Gibson ha prosperado desde entonces. De su primitivo despacho en Shaw Road, reducido y falto de comodidades, hasta llegar al enclavado en las proximidades a la Golden Gate Avenue; a un paso de la longitudinal Market Street; había transcurrido un período de resonantes triunfos profesionales.

Gibson podía ahora permitirse el lujo de rechazar casos fuertemente recompensados pero carentes de interés para él. Su firma había sido requerida para escribir artículos en el *Playboy* y

Penthouse. Su desplazamiento a Nueva York había sido motivado para asistir como invitado especial al Congreso Internacional de Criminología celebrado en la ciudad neoyorquina.

Todo ello en un individuo que apenas había cumplido los treinta años de edad.

El triunfo no había endiosado a Richard Gibson. Su triste y mísera infancia, el trabajo y la escuela nocturna, sus duros comienzos para abrirse camino... Todo eso permanecía en la memoria de Gibson.

El Riviera circulaba ya por la Golden Gate Avenue. Estacionó a pocas manzanas del Federal Building para acto seguido descender del auto e introducirse en un edificio-colmena.

Fue hacia uno de los elevadores «rápidos».

En la planta doce abandonó la cabina.

Su oficina estaba señalizada con la sigla

12-B-7.

Junto a la puerta de entrada una placa dorada.

«Richard Gibson. Investigador Privado».

Gibson hizo girar el pomo.

La hoja de madera cedió a la vez que hacía sonar un timbre de aviso que cesó al cerrarse la puerta.

En la antesala una mesa escritorio, una máquina de escribir eléctrica, un archivo metálico y dos butacas.

Al fondo una puerta semividriera.

Richard Gibson pasó a la contigua estancia.

Espaciosa. Un despacho magníficamente amueblado. Mesa de caoba. Dos severos sillones de piel. Mueble-biblioteca con bar abatible...; aunque lo más destacable era la mujer que se esforzaba por enderezar uno de los cuadros. Estirando los brazos. La falda, ahora a mitad del muslo, mostraba con generosidad las piernas enfundadas en oscuros *pantys*.

—¿Y si fuera un ladrón, Julie?

La mujer giró.

Era joven.

De unos veinte años de edad. Cabello corto. Rostro ovalado. Ojos almendrados. Boca de gordezuelos labios.

La muchacha sonrió alisando el suéter de fantasía en angora. Sus senos se modelaron desafiantes.

—Son las once, Richard. Tu hora habitual de incorporarte al trabajo.

Gibson correspondió a la sonrisa.

—¿Es un reproche?

—Oh, no... Tú eres el jefe. Ya es suficiente con dignarte aparecer por aquí.

Richard Gibson se dejó caer en el sillón giratorio tras la mesa. Apartó gran cantidad de cartas que se amontonaban en uno de los lados de la tabla.

—¿Es la correspondencia?

—Ahá.

—¿Algo de interés?

—Sólo dos cartas. Están señaladas en rojo. Espero tu decisión para contestarlas.

—Más tarde.

—Por supuesto, Richard. Debes estar muy cansado. Gibson entornó los ojos.

Contemplando fijamente a Julie.

Una chica de carácter. Llevaba ya cuatro meses como secretaria. Era la que más tiempo ocupaba el cargo. Las anteriores lo abandonaron a las pocas semanas. Julie era diferente.

Eficaz, inteligente... y arisca.

Había rechazado una y otra vez las insinuaciones, proposiciones e invitaciones de Gibson. Tal vez ahí estaba la clave de que continuara en el puesto.

—No esperaba recibimiento tan frío, Julie. Máxime después de una semana de ausencia. Desde Nueva York te he echado mucho de menos.

—Ayer fui a esperarte al aeropuerto.

—¿De veras?

Julie inspiró con fuerza.

De nuevo sus túrgidos senos se delinearon provocativos bajo la tela.

—Sí, Richard. Fuera de las horas de trabajo y con un tráfico infernal me desplazé al aeropuerto. Veinticuatro kilómetros para verte marchar con una de las azafatas.

—No podía imaginar que fueras a esperarme, Julie.

—Era una sorpresa. Incluso había preparado una cena fría en mi

apartamento.

El detective parpadeó.

—¿Es cierto eso?

—Olvidalo, Richard. Fue un momento de debilidad que no se volverá a repetir. Puedes estar seguro. —Julie se encaminó hacia la puerta—. Ah, me olvidaba... Ayer se presentó aquí Scott Brown.

—¿Scott Brown?... Me resulta familiar.

—Es actualmente la máxima estrella de Hollywood. Firme candidato al Oscar de este año. Tú solo conoces las *stars* del filme porno. Scott Brown quiere encomendarte un delicado asunto.

—¿De qué se trata?

—Un caso de chantaje. Brown se hospeda en el Hilton, Espera nuestra respuesta. Está dispuesto a pagar cualquier cantidad.

—Al diablo con él.

Julie no pudo contener el esbozo de una sonrisa.

Abandonó el despacho.

Richard Gibson encendió un cigarrillo dedicándose a revisar la correspondencia acumulada durante su ausencia. Las dos cartas señalizadas merecían en efecto atención especial.

Se iluminó uno de los pilotos del interfolio.

Gibson pulsó la palanca correspondiente para que le llegara la voz de Julie.

—El señor Ken Morley solícita ser recibido.

Gibson arqueó las cejas.

Sorprendido.

Su pausa fue breve.

—Hazle pasar.

CAPÍTULO III

Ken Morley frisaba en los sesenta años de edad. De níveos cabellos. Rostro de marcadas arrugas aunque delatando aún latente el vigor y la firmeza de carácter.

Tomó asiento después de estrechar la mano de Gibson.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Morley? —interrogó el detective.

Ken Morley no respondió de inmediato limitándose a contemplar fijamente a su interlocutor.

Estudiándole.

Sin duda no esperaba encontrarse con un individuo joven. De rostro atractivo y bronceado. Atlético. De deportiva vestimenta. Muy distante del clásico investigador privado.

—Disculpe, Gibson —dijo Ken Morley percatándose de su inquisitiva mirada—. Me ha sorprendido su juventud. Cuando me dieron su nombre para designar al mejor detective de California esperaba encontrar a un hombre ya maduro y con experiencia.

—Sólo llevo siete años en la profesión.

—Siete años de éxitos.

—Soy un hombre con suerte, señor Morley.

—Supongo que adivinará el motivo de mi visita.

Gibson succionó el cigarrillo.

Lo aplastó contra el cenicero que adornaba la mesa.

—No, señor Morley. También yo estoy sorprendido. Ayer noche tuve conocimiento del trágico desenlace, Apareció el cadáver de su hija. Ya nada se puede hacer.

Las facciones de Morley se endurecieron.

Los caídos párpados semiocultaron el fuerte brillo que surgió fugaz en sus ojos.

—¿Nada? ¿Qué me dice de los culpables?

—Por supuesto que tarde o temprano pagarán el crimen, pero

ello no devolverá la vida a su hija.

—Cierto, pero sí calmará el odio que ahora me domina y atormenta.

—Cuestión de tiempo. La policía...

—¡La policía se ha mostrado ineficaz! —exclamó Morley súbitamente—. En los dos días no consiguieron ninguna pista. Incluso el cadáver de Sandra tuvo que ser descubierto por una mujerzuela del Barrio Malden.

—Tranquílcese, Morley.

Ken Morley asintió:

Con trémula mano mesó sus canosos cabellos.

Ken Morley asintió.

—Sí... Perdone. Estoy... estoy nervioso. Dentro de unas horas tiene lugar el entierro de Sandra.

—¿Por qué no aplazamos esta conversación?

—Tiene que ser ahora. Quiero que descubra al culpable o culpables de la horripilante muerte de mi hija. Deben ser castigados.

—¿Por qué no confía en la policía? Ellos cuentan ahora con todas las bazas para alcanzar el éxito. La autopsia, huellas, arma homicida... el estudio de todo ello les conducirá al asesino. Sólo es cuestión de tiempo, Morley.

—No consiguieron salvarla...

—Yo me encontraba en Nueva York cuando tuvo lugar el suceso. Tengo entendido que su hija acudió a la peluquería para luego desaparecer misteriosamente. Se encontró su auto estacionado en la Frost Avenue. Intranquilo por su tardanza dio aviso a la policía. Se suponía un secuestro, pero en ningún momento hubo petición de rescate. ¿Correcto?

—Sí... Nadie estableció contacto conmigo.

—¿Acostumbraba su hija a ausentarse de casa?

—Jamás sin comunicármelo previamente. De ahí que denunciara de inmediato a la policía su demora.

Gibson se reclinó en el sillón giratorio.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Voy a ser honesto con usted, Morley. La policía tiene más posibilidades de solucionar el caso que yo.

—Creo que se equivoca. Con mi hija no se ha cometido un

vulgar asesinato. Yo soy doctor en cirugía y psiquiatría, Gibson. He visto desmembrado el cuerpo de mi hija Sandra. Con ella se realizó un rito satánico. Algo monstruoso y espeluznante. No es obra de un sádico, sino del mismísimo Satanás. La policía está desorientada. Aturdida. Un cadáver descuartizado y repartido en bidones de basura no encaja en los habituales *modus operandi*.

Richard Gibson quedó unos instantes en silencio.

Compartiendo el razonamiento de Morley.

En verdad se trataba de un crimen diabólico.

—De acuerdo, Morley. Acepto.

Ken Morley extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un talonario de cheques.

Arrancó dos de ellos tendiéndolos hacia el detective.

—Uno de ellos es de cinco mil dólares, Gibson. Un anticipo para los primeros gastos que luego complementaré con la cantidad que usted indique. El otro cheque está en blanco. Puede fijar en él hasta el millón de dólares.

Richard Gibson tragó saliva.

Posó sus grises ojos en Morley.

En una fría mirada.

—¿A cambio de qué?

—Entregarme a mí al culpable.

Gibson tomó el cenicero de mesa. Lo accionó aplicando la llama al cheque en blanco.

No he oído su proposición, Morley. No puede haber sido pronunciada por Ken Morley. El altruista fundador del Morley Hospital, de la Morley Clinic, del Psychic Center Morley y otros establecimientos destinados a salvar vidas humanas.

Morley no pronunció palabra alguna.

Se incorporó ofreciendo su diestra al detective.

Richard Gibson pulsó uno de los botones del interfono.

Cuando Ken Morley abrió la puerta del despacho ya le esperaba Julie en pie para acompañarle hasta la salida.

La muchacha retornó moviendo la cabeza de un lado a otro.

Con una mueca de estupor en su bello rostro.

—¡Fabuloso! ¡Realmente fabuloso!... ¡Eres extraordinario!

Gibson atrapó súbitamente los hombros femeninos. Antes de que Julie reaccionara la besó en la boca.

—Sabía que tarde o temprano te rendirías a mi atractivo. ¿Me consideras de verdad extraordinario?

Julie le rechazó.

Roja como la grana.

¡Extraordinariamente idiota! Olvidaste desconectar el interfono y escuché toda la conversación. ¡Santo Dios! ¡Has desperdiciado un millón de dólares!

Ken Morley quería convertirse en verdugo y que yo le entregara al reo.

No has leído los periódicos de hoy, ¿verdad, Richard? Narran con detalle la muerte de Sandra Morley. El asesinato más monstruoso en la historia del crimen. El culpable merece...

Ser juzgado y sentenciado con el máximo rigor de la ley — concluyó Gibson—. ¿Mencionan los periódicos quién lleva el caso?

El teniente Boorman.

El detective sonrió.

El bueno de James... Bien. Voy a empezar. Esas dos cartas pendientes puedes rechazarlas.

Cualquiera de las dos hubiera sido mejor que el caso encomendado por Ken Morley. El capturar asesinos es misión de la Policía. Este asunto es demasiado... satánico.

Tienes razón, pequeña. Satánico, monstruoso... El asesino es un auténtico engendro del Averno. Y siento grandes deseos de cazar a ese bastardo.

CAPÍTULO IV

Richard Gibson pulsó el llamador.

La puerta se abrió a los pocos segundos.

—¡Richard!...

—Hola, Dorothy —sonrió Gibson—. ¿Cómo está la familia?

—Todos bien. Pasa, Richard. Supongo que tu visita no es de cumplimiento. Encontrarás a James en el salón. ¿Almuerzas con nosotros?

—Gracias, Dorothy. Otro día.

—Como gustes.

La mujer se alejó por el corredor dejando a Gibson en el *living*. Frente a la puerta que conducía al salón.

El detective empujó la hoja de madera, sin molestar se en llamar.

James Boorman estaba en uno de los sillones. Con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. En su diestra un vaso vacío.

—¡Despierta, James!

James Boorman, teniente de la Sección de Homicidios, dio un respingo. Al descubrir la presencia de Gibson arrugó instintivamente la nariz.

—Lo que me faltaba... ¿Qué infiernos haces aquí? Gibson había acudido al carro-bar.

Se sirvió una buena dosis de «Johnnie Walker».

—Simplemente saludarte a ti y a Dorothy.

—Y un cuerno. Vuelve otro día y contestaré a tus preguntas. Ahora estoy muy cansado. Acabo de llegar a casa.

—Lo sé. En Homicidios me dijeron que te encontraría aquí.

—Llevo cuarenta y ocho horas sin pegar ojo, muchacho. Estoy con el asunto Morley y...

—De eso precisamente quería conversar contigo, James.

Boorman arqueó sus pobladas cejas.

—¿Del caso Sandra Morley?

—Correcto. He sido contratado por Ken Morley para descubrir al culpable de la muerte de su hija.

—Eso nos corresponde a nosotros, Richard. No has debido aceptar. Comprendo la reacción de Morley. La muerte de Sandra ha sido algo... especial. Tengo cincuenta y dos años, Richard. Veinte como policía. Desde simple patrullero a teniente de Homicidios. Ante mis ojos han desfilado infinidad de sucesos. La mayoría desagradables en grado sumo. Creía estar ya endurecido. Pues bien, muchacho. Ayer vomité. Y llevo veinticuatro horas sin probar alimento. Dudo que pueda retener algo en el estómago.

—Tú mismo reconoces que es un caso especial. Mi intervención...

—No me molesta en absoluto —interrumpió Boorman con la mueca de una sonrisa—. Conozco tu valía. Interesa encontrar cuanto antes al asesino. Si eres tú quien lo consigue seré el primero en felicitarte. Supongo que quieres formularme algunas preguntas. Empieza.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Jacqueline *Post*. Una bailarina de The Mask. No facilitó ninguna información de interés. Voy a resumirte todo, Richard. El cadáver de Sandra Morley apareció descuartizado. Repartido en cuatro bidones de basura de Sybil Street. La cabeza, tronco, brazos y piernas. Respectivamente envueltos en bolsas de plástico. Ninguna ropa. Según Ken Morley su hija llevaba una valiosa sortija de brillantes en el índice de su mano izquierda. La joya no apareció. Sin embargo, conservaba los pendientes igualmente de elevado valor.

—¿Conoces ya los resultados de la autopsia?

El teniente asintió con cansino movimiento de cabeza.

—Esta madrugada me adelantó un informe el forense. Algo espeluznante, Richard. Sandra Morley fue violada. Luego... luego procedieron a descuartizar su cuerpo. Con dos sierras eléctricas portátiles. Utilizadas por diferente mano. Lo más sorprendente y diabólico fue la disección efectuada en el tronco. Un tajo de arriba abajo para luego coserlo con cordel de sutura.

—¿Por qué hicieron eso?

—Para extraerle el corazón, Richard.

Gibson sintió un nudo en la garganta.

Vació el vaso de *whisky*.

—Todos estos detalles no han sido aún dados a conocer a la Prensa —prosiguió Boorman—: La disección fue efectuada con un escalpelo de los utilizados en cirugía. El desmembramiento fue obra de profanos, pero el extirpar el corazón lo realizó un médico o alguien de avanzados conocimientos de Medicina.

—Es un dato de importante valor, James. Significa que el asesino está relacionado con los Morley.

—Ken Morley controla cinco centros sanitarios de importancia. Cada uno de ellos con una elevada plantilla de médicos fijos, los suplentes, enfermeros, estudiantes de Medicina...; aun reduciendo a los más vinculados a la familia Morley el número resulta desorbitado. Sin contar las amistades de los Morley que ejercen la Medicina al margen de sus establecimientos. Será una dura investigación.

—¿Estaba prometida Sandra Morley?

—Oficialmente no, pero últimamente sus relaciones con Frederic Barnes, director del Psychic Center Morley, eran algo más que amistosas. Hemos reconstruido las últimas cuarenta y ocho horas en la vida de Frederic Barnes. Difícilmente pudo haber participado en ésa orgía de sangre; aunque por supuesto no está descartado.

—Imagino que el crimen no se cometió por la zona de Sybil Street.

—Hemos dado una batida por todo Barrio Malden. Entre las casas deshabitadas, apartamentos recientemente alquilados, edificios declarados en ruinas... Nada. Sin duda esas macabras bolsas fueron en el portaequipajes de un auto hasta Sybil Street y allí depositadas en los bidones de basura.

—¿Se ha determinado la hora de la muerte?

—En la madrugada de ayer. Poco antes del amanecer. Entre las cuatro y las cinco; aunque el suplicio para Sandra Morley empezó el mismo día de su desaparición para culminar con su monstruosa muerte veinticuatro horas más tarde.

Gibson extrajo su cajetilla de «Dunhill».

Encendió un cigarrillo.

—Violación, descuartizada y disección. Una extraña mezcla de *modus operandi*.

Cierto, Richard. Mi teoría es que en principio se trataba de un secuestro, pero los raptos decidieron eliminar a Sandra sin exigir rescate.

Ken Morley hubiera pagado cualquier cantidad.

Creo que los secuestradores se pusieron nerviosos por la publicidad dada a la desaparición de Sandra; aunque también es posible que... ¡Maldita sea! ¡No sé! ¡No encuentro explicación para tan horrible crimen! ¿Por qué ensañarse de esa forma? ¿Por qué arrancarle el corazón?

Dorothy se asomó en ese momento al salón.

Te he preparado un poco de caldo, James. Debes tomar algo.

Más tarde.

Pero...

¡Más tarde, maldita sea!

La mujer desapareció encogiéndose de hombros.

Richard Gibson se levantó del sillón dejando el vaso en el carro-bar.

No te molesto más, James. Gracias por la información.

Boorman esbozó una sonrisa. Reclinó la cabeza en el respaldo cerrando nuevamente los ojos.

El detective abandonó la casa.

Conocía bien a James Boorman. Un hombre duro y eficaz. Su abatimiento actual era impropio. Sólo disculpado por las monstruosas circunstancias que rodeaban la muerte de Sandra Morley.

Gibson llegó ante su Riviera.

Parpadeó al descubrir a una mujer acomodada en el asiento delantero, pero al instante reaccionó con una sonrisa.

Se introdujo en el auto.

Hola, Richard.

Gibson contempló a la mujer.

Glenda Wise. Veinticuatro años de edad. Periodista en el Black & Red

de San Francisco. Una publicación especializada en crónica negra.

Increíble pero cierto.

Glenda Wise. Pelo negro. Ojos rasgados. Boca grande de labios rojos y carnosos. Senos altos y duros. Cintura cimbreante. Caderas redondas. Piernas de largos y esbeltos muslos.

Así era Glenda.

Una mujer para pasar modelos de ropa interior. Para posar como Venus del siglo xx. Ganadora en potencia de cualquier concurso de belleza. Auténtica sex-symbol.

Y se dedicaba a escribir crónica negra.

Hola, Glenda. ¿No te has equivocado de auto?

La muchacha se ladeó en el asiento para así poder enlazar con sus brazos el cuello de Gibson. Se apretó contra él. Sus entreabiertos labios se aplastaron contra los del detective. Ávidamente. Devoradores. En un largo y volcánico beso.

¿Tú qué crees, Richard?

Gibson no había permanecido inactivo.

Aunque sorprendido por aquel efusivo recibimiento no lo desaprovechó. Sus manos se posaron en el cuerpo femenino. Percibiendo sus pronunciadas y turbadoras curvas.

La desconcertante Glenda... La última vez que nos vimos quedamos citados en el Sheraton Palace. Fue un buen plantón.

El director me envió a Los Ángeles a cubrir una información. Llamé a tu apartamento, pero nadie respondió.

Deliciosa embustera. —Gibson mordisqueó el lóbulo izquierdo de la mujer. Su zurda se posó en las rodillas femeninas.

Glenda se separó.

Con leve jadear se alisó la falda del vestido.

¿Me invitas a almorzar, Richard?

Gibson comprendió que aquel preludio amoroso había llegado a su fin. Se hizo cargo del volante.

Seguro.

Hoy hemos recibido la crónica de nuestro corresponsal en Nueva York. Dedicar frases de elogio a tu intervención en el Congreso Internacional de Criminología. Puedo hacer que tu nombre figure en la portada del

Black. & Red.

A grandes titulares.

El detective aprovechó un *stop* para dirigir una inquisitiva mirada a Glenda.

—Te encuentro muy... generosa.

—Sólo contigo, Richard. Me gustas.

—Yo tampoco te hago ascos.

La muchacha rió en cantarina carcajada.

—¿Estás trabajando en algo, Richard?

—No.

—¿Qué me dices de tu visita al teniente Boorman?

En los ojos de Gibson asomó un brillo desapercibido para la joven.

—Simplemente para saludarle. Ya conoces mi amistad con Boorman. ¿Qué te parece The Lane?

—¿Cómo?...

—Almorzar en The Lane.

—Ah, sí... Volviendo al teniente... Debe estar muy preocupado con el asunto Sandra Morley.

—No tocamos ese tema.

—¿De veras? —Glenda abrid su bolso de mano para sacar una cajetilla de

«Benson & Hedges»

mentolado—. Es posible que yo pueda ayudarle. Tengo una pista que tal vez nos lleve hasta el asesino de Sandra Morley.

CAPÍTULO V

The Lane era un restaurante de *self-service*. En una calle próxima a la Union Square. A la calidad de su comida se unía una íntima y acogedora distribución de las mesas. Separadas entre sí por artísticas rejas cubiertas por artificiales enredaderas.

El detective no compartió el apetito de que hacía gala Glenda. Tal vez influenciado por su reciente conversación con el teniente Boorman.

El almuerzo culminó con sendas tazas de café y una copa de *brandy* para Gibson. Éste rechazó el mentolado ofrecido por Glenda para fumar sus propios cigarrillos.

—Eres un tipo duro, Richard —sonrió la muchacha—. No te han hecho efecto mis palabras.

—¿A qué te refieres?

—Vamos a poner las cartas boca arriba, Richard. El director del *Black & Red* quiere dedicar la máxima atención al caso Sandra Morley. Uno de mis compañeros se desplazó hoy hasta el domicilio particular de los Morley. Vio salir a Ken Morley en su «Pontiac» y decidió seguirle. El señor Morley se introdujo en un edificio-colmena cercano a la Golden Gate Avenue. Concretamente el Ascott Building. Allí le perdió la pista.

—¿De veras?

—El Ascott Building no le dice nada a mi compañero, pero sí a mí. Allí está el despacho de Richard Gibson, investigador privado.

—Una casualidad.

—Yo iba tras el teniente Boorman con el deseo de ampliar la comunicación oficial dada a los medios informativos. Sin éxito. Me disponía a marchar cuando descubrí tu auto. Frente a la casa de James Boorman. ¿También casualidad?

Okay. He sido contratado por Ken Morley para descubrir al

asesino de su hija.

—¿De qué has hablado con el teniente?

Estaban sentados uno al lado del otro.

Muy cerca.

Richard Gibson podía sentir el contacto de la pierna izquierda de la joven transmitiendo su calor.

—Un beso, Glenda.

Glenda dudó.

Una fracción de segundo.

Terminó por ofrecer sus gordezuelos labios a Gibson. Entreabiertos. Húmedos y ardientes a la vez.

—Recuerdo nuestro último encuentro, Glenda. Te negaste a que te acompañara a tu apartamento para tomar unas copas. También rechazaste mi intento de besarte.

—¿Te molesta el cambio experimentado?

—No, Glenda. Todo lo contrario. Resultan muy divertidos tus esfuerzos por engatusarme.

La muchacha enrojeció.

Esbozó una sonrisa.

Forzada.

—Tienes razón. Estoy avergonzada, Richard; pero ésta es mi última oportunidad. En el *Black & Red* tienen intención de reducir la plantilla. Yo figuro entre los futuros cesantes. Unos buenos artículos o alguna exclusiva en el caso Sandra Morley influiría en el director.

—Eres periodista, Glenda. No te faltaría trabajo fuera del *Black & Red*. Incluso sería mejor que dejaras ese tipo de periodismo.

—Conozco a más de un colega que ahora se dedica a la venta domiciliaria de libros.

—No puedo ayudarte, Glenda. James Boorman no mencionó nada que no haya sido ya comunicado a la Prensa.

—La autopsia se efectuó ayer. Un informe preliminar tiene que estar ya en conocimiento del teniente.

—Lo ignoro.

—El forense debe haberle comunicado lo fundamental de la autopsia. El teniente anunció una rueda de prensa para esta tarde, pero si me adelantas algo saldrá ya en una edición especial que vamos a lanzar hoy mismo.

—Sandra Morley fue ultrajada. Luego descuartizaron su cuerpo.

—¿Qué tipo de instrumento utilizaron?

—Sierra eléctrica portátil.

—¿Algo más, Richard?

Gibson denegó con un movimiento de cabeza.

Silenciando la espeluznante disección para extraer el corazón de Sandra Morley.

—No es gran cosa, pero el detalle de la violación es primicia para los lectores. Santo Dios... Sólo El sabe el esfuerzo que debo hacer para escribir estos artículos. La maldad del hombre es patente, pero ¿por qué alcanzar límites tan monstruosos? Desde el triste caso de Sharon Tate parece haber una carrera de demoníacos crímenes. A cuál más monstruoso y sangriento.

Las facciones de Gibson se endurecieron.

Entornó los ojos.

—En Nueva York se han dado cifras concernientes al año pasado. Diecisiete mil trescientos delitos diarios, ocho asesinatos y doce violaciones, igualmente al día; se cometen en la ciudad neoyorquina. Nadie se inmutó. Una fría estadística que ya no impresiona.

—Al tener conocimiento de sucesos como el de Sandra Morley me entran deseos de marchar a una isla desierta.

—Llévame contigo, Glenda.

La muchacha se incorporó besando fugazmente a Gibson.

Sonrió.

—Debo irme ahora, Richard; pero quiero estar en contacto contigo.

—¿Muy en contacto?

—¿No seas mal pensado? ¿Sigues en Losch Street?

—Ahá.

—Entonces hasta pronto.

—Eh, Glenda... —Gibson retuvo a la joven por el brazo—. ¿Qué hay de esa pista que conduce al asesino? Un truco para despertar mi atención, ¿cierto?

—Oh, no. Sólo que he exagerado un poco. Un individuo telefoneó a la redacción de *Black & Red* intentando vender cierta información relacionada con Sandra Morley. Concertamos una cita y acudió uno de mis compañeros. El fulano, con antecedentes

penales, no quiso dar su nombre. Quería mil dólares por la información. Aseguró haber visto a Sandra Morley el mismo día de su desaparición en un *snack* de Sangs Street. En The Sirocco. Sandra Morley sufrió un desvanecimiento y alguien llamó a una ambulancia. Se la llevaron. Nuestro hombre la reconoció al día siguiente por el periódico pese a llevar el pelo negro.

—¿No es el suyo habitual?

—Por supuesto, pero el informador asegura que en el bar lucía una espléndida cabellera rubia. Nos hemos desplazado al Sirocco. En efecto ocurrió el incidente, aunque el empleado no reconoció en la fotografía que le mostramos de Sandra Morley a la mujer que sufrió el desmayo. Todo ha sido un truco para sacarnos dinero. Ni que decir tiene que no le soltamos un centavo. Bueno, Richard... Debo irme. ¡Hasta pronto!

Gibson quedó en la mesa.

Pensativo.

En buena lógica el informador debía ser uno de esos desaprensivos que aprovechan cualquier circunstancia para sacar tajada; pero era norma en Richard Gibson no dejar nada sin investigar.

Acudió a una de las cabinas telefónicas del local.

Eh el dial marcó el número de su despacho.

—Tengo un trabajo para ti, Julie.

A través del micro le llegó el suspirar de la mujer.

—Me disponía a almorzar, Richard.

—Magnífico. Almorzarás en The Sirocco, en Sangs Street. Allí interrogas a los empleados por la mujer rubia que hace un par de días sufrió un desmayo en si local. Hora en que ocurrió, quien llamó a la ambulancia... Quiero la máxima información. Luego localizas el establecimiento sanitario que envió la ambulancia, acudes a él y solicitas el nombre de la mujer que recogieron en Sirocco.

—¿Nada más?

—Telefonaré esta noche a tu apartamento para conocer el resultado de tus pesquisas —sonrió Gibson percatándose de la ironía de su secretaria—. Adiós, Julie.

Gibson colgó el auricular.

Minutos más tarde estaba al volante de su Riviera.

Enfiló hacia Barrio Malden.

Quería formular algunas preguntas a Jacqueline «Post», la mujer que descubrió el cadáver de Sandra.

El detective ignoraba que en ese preciso instante Jacqueline «Post» emprendía camino hacia el Más Allá.

CAPÍTULO VI

En la habitación hacía un calor sofocante.

El ventanal comunicaba con la escalera de incendios. La ventilación procedente del callejón era escasa.

Jacqueline *Post* dormía desnuda sobre el lecho. De bruces. Con los brazos en cruz. Su cuerpo bañado en sudor.

Un transistor a todo volumen sonaba desde alguno de los pisos superiores. Un viejo tema de los Beatles llegaba hasta la habitación, pero no lo suficiente potente para despertar a la mujer.

Tampoco oía aquel entrecortado jadear.

Gutural.

El hombre estaba en el centro de la estancia. Frente al lecho. Sonriente. En su enguantada diestra un maletín. Se aproximó para depositarlo sobre la mesa de noche.

El ruido al abrirlo hizo que Jacqueline girara somnolienta quedando boca arriba.

Jacqueline *Post* contaba treinta y cinco años de edad. Su cuerpo aún mantenía cierto atractivo. Senos voluminosos, amplias caderas...

Los ojos del hombre no reflejaban lujuria, sino un brillo satánico y cruel. Del maletín había extraído un largo impermeable negro que se ajustó con lentos movimientos.

Luego se apoderó del hacha.

Un hacha escocesa.

De curva y afilada hoja.

El hombre se sentó al borde del lecho.

La hoja metálica se posó suavemente en el vientre de Jacqueline para luego subir por entre sus senos hasta llegar a la garganta.

Aquel frío contacto despertó a Jacqueline.

Al descubrir la presencia del individuo desorbitó los ojos a la vez que intentaba gritar, pero la hoja del hacha presionó ahora con más

fuerza en su cuello dibujando un sanguinolento trazo.

—Hola, Jacqueline...

—¿Quién... quién es usted? —susurró la mujer casi sin voz. Paralizada por el terror—. ¿Qué quiere? El dinero está en el armario... No es mucho...

—Lo comprendo, Jacqueline. Lógico en una furcia de tu especie, pero no estoy aquí para robar tus míseros dólares.

—Yo... haré lo que quiera...

El hombre rió.

Una gutural risa que estremeció a Jacqueline.

—Tampoco me interesas tú. Astfelgor me envía para castigarte. Astfelgor, hijo de Asmodeo príncipe de la Lujuria y embajador del Averno, está muy irritado por tu mala acción. ¿Por qué lo has hecho, Jacqueline? Sandra Morley había sido ofrecida en sacrificio a Astfelgor. El la eligió por su belleza. Y tus sucias manos tocaron a Sandra para arrebatarse la sortija.

La palidez se acentuó en Jacqueline.

Frías gotas de sudor perlaron ahora su rostro desencajado por el terror.

—Yo... yo no...

—No mientas, Jacqueline. Se ha comentado la desaparición de esa sortija. ¿Por qué no robaste también los pendientes? Miedo, ¿no es cierto? Terror por manipular en la bolsa que contenía su cabeza; aunque debo reconocer en ti cierto valor. Otras mujeres se hubieran dejado llevar por el pánico, pero tú descubriste a través del plástico la sortija. No te importó el ensangrentado brazo amputado... Una sortija de brillantes te sacaría de este basurero, ¿verdad?

—La sortija está tras el espejo del baño...

—No lo comprendes, Jacqueline. De interesarnos esa joya no la hubiéramos dejado en el dedo de Sandra. Sólo nos ha molestado tu acción. Como fieles discípulos de Astfelgor tenemos que castigarte.

—No sabía... yo no...

—Voy a enviarte con Astfelgor. El te destinará a una de las galerías más tenebrosas del Averno.

—No puede... ¡No...!

El hombre levantó el hacha para descargarla con brutal violencia sobre la yugular de Jacqueline.

Volvió a repetir el golpe.

Una y otra vez.

Riendo en satánicas carcajadas.

Aunque la cabeza ya había sido separada del tronco siguió descargando la afilada hoja.

Salpicándose con la sangre de su víctima.

Se incorporó jadeante. Depositó el hacha en el maletín. También guardó el impermeable.

Se encaminó hacia la ventana que comunicaba con la escalera de incendios. Con el maletín en su diestra. Se detuvo unos instantes para fijar la mirada en la entreabierta puerta del dormitorio. Desvió sus ojos hacia el decapitado cadáver.

Sonrió.

Se le había ocurrido una macabra broma para culminar su horripilante crimen.

CAPÍTULO VII

Barrio Malden era el equivalente a «The Bowery» neoyorquino. La zona de los fracasados.

Sucias callejuelas con húmedas casas que albergaban a hombres y mujeres ya sin esperanza. Embrutecidos por la miseria que les rodeaba. Rebeldes contra la sociedad que les condenaba a aquellos basureros.

Barrio Malden era también refugio de falsos *hippies*, de vulgares delincuentes y de verdaderos asesinos.

Los elegantes clientes de los *night-clubs* de North Beach se dejaban ver en ocasiones por los tugurios de Barrio Malden. En busca de sensaciones nuevas. De placeres prohibidos.

The Mask era un club más de Barrio Malden.

Sucio y maloliente.

A primeras horas de la tarde se celebraba baile con *ticket*. Sin espectáculo. La noche era diferente. Con un *show* que en ocasiones degeneraba en orgía.

En aquellas prematuras horas de la tarde no había gran animación.

Las mujeres, con abundante maquillaje en el rostro y luciendo provocativos vestidos, acomodadas en los taburetes del mostrador. La llegada de un cliente con su talonario de *tickets* era recibida con entusiasmo. Cada pieza de baile un *ticket*. Cada tres minutos de conversación un *ticket*.

Era obligado adquirir un mínimo de ellos a la entrada.

Richard Gibson tomó diez dólares en boletos.

Solicitó un *whisky* en el mostrador.

—Eh, amigo... ¿puede indicarme cuál de ellas es Jacqueline «Post»?

El empleado siguió la mirada de Gibson.

Fijando superficialmente los ojos en las mujeres acodadas en la barra.

—Ninguna.

—¿No está Jacqueline?

—No.

—Oiga...

El empleado le dio la espalda alejándose hacia el otro extremo del mostrador.

—Donald no es muy sociable —sonrió una mujer aproximándose a Gibson—. ¿Puedo ayudarte en algo, amor?

—Preguntaba por Jacqueline «Post».

La mujer amplió la sonrisa.

Pasó la punta de la lengua por sus pintados labios en un gesto procaz. Se inclinó sobre el detective para acentuar el escote del vestido mostrando así con generosidad su opulento seno.

—Yo soy Bertha. Con un solo baile te haré olvidar a Jacqueline. Soy como una lapa.

—No lo dudo, nena; pero mi interés por Jacqueline no es para bailar. Quiero hacerle unas preguntas.

—¿Policía?

—¿Tengo aspecto de sabueso? —sonrió Gibson deseoso de borrar la instintiva mueca de desagrado nacida en la mujer—. Soy periodista.

—Jacqueline está durmiendo. Supongo que no llegará hasta la noche. Desde que descubrió el cadáver de Sandra Morley policías y periodistas no han hecho más que molestarla. Hoy fue a Homicidios para declarar por enésima vez. Después del duro trabajo nocturno en *The Mask*.

—¿Cuál es su domicilio?

—Está asqueada de todos vosotros. Dejadla en paz.

Gibson empujó el talonario de *tickets*.

—Puedes quedarte con ellos, Bertha.

La sonrisa de la mujer fue ahora despectiva.

—Los servicios están al final del corredor. Tal vea necesites los *tickets*.

El detective dejó diez dólares junto a los boletos.

—¿Qué domicilio has dicho?

—Jacqueline es una amiga. Sé que necesita descanso. Ni por

todo el oro del mundo te... —La mujer se interrumpió al ver como Gibson añadía diez dólares más. Recuperó el habla para decir—: El 843 de Back Road. Planta seis. Sin ascensor.

—Gracias, Bertha.

Richard Gibson abandonó el local.

Su Riviera estacionado a poca distancia.

En el salpicadero guardaba una guía de las calles de la ciudad. Back Road estaba en Barrio Malden. Una paralela a Sybil Street, lugar donde Jacqueline «Post» descubrió el cadáver.

El auto inició la marcha.

Un corto trayecto.

El 843 de Back Road correspondía a un edificio de ocho plantas. De fachada primitivamente gris y ahora sucia por la contaminación y manchas de humedad.

Gibson penetró en el edificio.

Existía hueco para el ascensor, pero la cabina había desaparecido. Sin duda se proyectó cambiar el elevador 7 todavía lo estaban esperando.

Subió la escalera.

Un penetrante hedor a sudor humano, humedad y comida condimentada con aceite barato se entremezclaban desagradablemente.

Una sola vivienda por piso.

Cuando se disponía a pulsar el llamador se percató que la puerta de entrada al apartamento aparecía entreabierta.

Presionó el timbre a la vez que empujaba la hoja de madera.

—¡Jacqueline...!

La luz del reducido *living* encendida. Y la del contiguo comedor-salón, la del pasillo...

—¡Jacqueline! —volvió a llamar el detective sin recibir respuesta.

Pasó ante el salón-comedor.

Una de las puertas del corredor estaba entreabierta.

La empujó.

Y fue entonces cuando le cayó encima *aquello*.

Richard Gibson retrocedió mientras que instintivamente tendía los brazos.

Entre sus manos quedó la cercenada cabeza de una mujer. Con los

ojos abiertos. Ensangrentada.

Gibson la soltó como si quemara.

Sin controlar un grito de terror.

La cabeza emitió un macabro sonido al chocar contra el suelo y rodar hacia el lecho donde reposaba el resto del cuerpo de la infortunada Jacqueline «Post».

Richard Gibson sintió temblar las piernas.

Se apoyó en el quicio de la puerta.

Comenzó a vomitar.

CAPÍTULO VIII

Los expertos en lofoscopia llegaron breves minutos después que el teniente Boorman.

También se encontraba allí el forense.

El continuo destello de un *flash* fotografiaba el decapitado cuerpo de Jacqueline «Post» desde todos los ángulos posibles. También de la habitación donde se había cometido el crimen.

—¿No recuerdas haber tocado nada más, Richard?

Gibson succionó el cigarrillo.

Una y otra vez.

—No, James. El timbre de entrada, la puerta, la del dormitorio... bueno... también la... la...

—Sí, Richard.

—Espero no haber borrado ninguna huella. Te llamé desde el teléfono de uno de los vecinos.

—Los de dactiloscopia han encontrado huellas de pisadas en el marco de la ventana. El asesino utilizó, tanto para entrar como a la salida, la escalera de incendios. Sin duda la ventana estaba abierta dado que en caso contrario hubiera tenido que romper el cristal.

—¿Relacionas el caso con Sandra Morley?

James Boorman entornó los ojos.

Se llevó a la boca una pastilla de *chewing-gum*.

¿Acaso dudas tú?

Ha sido un crimen igualmente espeluznante, James; pero sin alcanzar el grado de satanismo empleado en Sandra Morley. Ahora no hubo disección ni le fue extraído el corazón.

Cuando Jacqueline descubrió el cadáver de Sandra.

Morley fue interrogada concienzudamente. Investigamos su vida. Jacqueline era una pobre
call-girl

castigada una y otra vez por el infortunio. Sus únicos antecedentes

eran dos detenciones por atentados a la moral y pequeños hurtos a clientes que en contadas ocasiones eran denunciados. ¿Qué enemigos podía tener? Ninguno. Su asesino es el mismo hijo de perra que mató a Sandra Morley.

—¿Hubo violación?

—En el primer examen superficial del forense asegura que no.

—Otro detalle que la diferencia de Sandra Morley.

—¡Seguro! Al igual que la demoníaca broma de colocar la cabeza de Jacqueline entre la puerta y la pared para que al abrir cayera encima del visitante. Muy ocurrente. Maldito bastardo... Yo no tengo dudas, Richard. El asesino de Sandra Morley liquidó también a Jacqueline. Ambos casos se relacionan. ¿Qué hacías tú aquí? A la caza de cualquier detalle que hubiera pasado desapercibido por Jacqueline en su declaración a la policía.

—Sí. Ésa era mi intención. No confiaba en obtener información alguna de interés, pero la muerte de Jacqueline significa que sí nos ocultaba algo. Tal vez vio a alguien depositar las bolsas de plástico y quiso someterle a chantaje.

El teniente chasqueó la lengua.

—Jacqueline no era de ese tipo de mujeres. A los quince años fue engañada por un individuo. Y desde entonces no han dejado de engañarla y aprovecharse de ella. Era una infeliz que luchaba sin éxito por salir de este estercolero. Creo que...

James Boorman se interrumpió ante la llegada de uno de sus hombres.

En su diestra un pañuelo de seda que protegía una valiosa sortija de brillantes.

—Hemos encontrado esto tras el espejo del baño, teniente. Coincide con la descripción que nos dio Ken Morley sobre la sortija de su hija.

Gibson y Boorman intercambiaron una mirada.

—Bien, Richard. Ahí tenemos respuesta a la muerte de Jacqueline «Post».

—No, James. Tan sólo nos indica que Jacqueline se apoderó de la sortija, pero... ¿por qué matar a Jacqueline? No fue por la joya. El asesino la dejó en el cadáver de Sandra Morley y ahora aquí. ¿Por qué matar a Jacqueline?

—¡Maldita sea...! ¡No lo sé! ¡No lo sé! Pregúntale a Satanás. Esto

es obra de él.

Inconscientemente James Boorman había acertado.

CAPÍTULO IX

Richard Gibson penetró en su apartamento.

Acudió directamente al dormitorio para someterse a una estimulante ducha fría.

Con un albornoz por vestimenta pasó al salón aproximándose al mueble-bar. Se sirvió una buena dosis de *whisky*.

No había cenado.

Ni tenía intención de hacerlo.

Jamás olvidaría la ensangrentada cabeza de Jacqueline «Post» entre sus manos, su decapitado cuerpo...

No.

Aquello jamás se borraría de su mente.

Richard Gibson, frío y calculador en su trabajo, empezaba a odiar con ira aquel demoníaco asesino.

Llenó de nuevo el vaso.

Con un cigarrillo en los labios se tendió en el sofá alargando la diestra hacia el teléfono depositado sobre la mesa.

Discó un número.

A través del micro le llegó una voz femenina.

—¿Sí?

—Hola, Julie.

—¡Aleluya! Creí que te habías olvidado de mí, Richard. Llevo horas esperando tu llamada. Ya estoy en la cama.

—Te imagino con un delicioso camisón.

Julie rió divertida.

—No correcto. Sólo llevo encima mi perfume. Me gusta dormir sin ropa alguna.

—Entonces prefiero no imaginarte. ¿Cómo te fue?

—Mal. No he conseguido dar con la ambulancia.

—Explícate.

—Hablé con el empleado del Sirocco que presenció el incidente.

La mujer llegó sola. Joven, rubia y atractiva. Con gafas de sol. Tomó un *gin- tonic*. A los pocos minutos pareció sentirse mal y sufrió un desmayo. Trataron de reanimarla sin éxito. Fue entonces cuando uno de los presentes llamó a una ambulancia.

—¿Quién fue?

—Un individuo. No era cliente habitual del Sirocco. Dos camilleros se llevaron a la mujer. Mostré una fotografía de Sandra Morley que aparece hoy a todo color en varias publicaciones. El empleado no reconoció en ella a la mujer que sufrió el desmayo.

—¿Qué ocurrió con la ambulancia?

—Eso es lo más extraño, Richard. He investigado en todos los centros sanitarios que envían ambulancias para atender llamadas públicas. Entre las once y las doce, hora en que ocurrió el incidente, ninguna ambulancia se desplazó hasta el Sirocco. También he telefonado a clínicas particulares e incluso a los centros sanitarios controlados por Ken Morley. Ninguno de ellos tiene registrada una salida de ambulancia hacia Sirocco. ¿Qué te parece, Richard?

—Ciertamente muy extraño. ¿Conoces la peluquería frecuentada por Sandra Morley?

—Se menciona en la Prensa.

—Acudes mañana allí y hablas con la que atendió a Sandra, Esta no apareció con el pelo teñido, pero sí puede haber adquirido una peluca rubia.

—¿Sospechas que la mujer del Sirocco era Sandra Morley? El empleado...

—Con peluca rubia y gafas oscuras muy pocos reconocerían a Sandra, Tenemos que salir de dudas.

—Okay.

—Hasta mañana, Julie.

Gibson colgó el micro.

Se reclinó en el sofá encendiendo un segundo cigarrillo.

Quedó pensativo.

Su meditación fue interrumpida a los pocos minutos por el timbre de entrada al apartamento.

Una maldición brotó de Gibson a la vez que se incorporaba para acudir al *living*.

Al abrir la puerta desapareció el irritado gesto de su rostro.

Su visitante era Glenda Wise.

¿Puedo pasar, Richard?

Seguro. ¿Qué haces aquí a estas horas? —inquirió Gibson—. ¿Más preguntas?

Glenda suspiró con fuerza.

¡Oh, no...! Salgo ahora de la redacción del Black & Red.

Mi artículo apareció en la edición extra vespertina y quedé para redactar mi reportaje de mañana. Relacionado con la vida social de Sandra Morley. Al pasar por la Golden Gate se me ocurrió hacerte una visita. El recepcionista me informó que habías llegado hace menos de una hora y decidí subir. Espero tengas algo en el frigorífico. Aún no he cenado.

—Me agrada que te acostumbres a comer a mi costa.

—¿Es una proposición de matrimonio?

Gibson dio un respingo.

Forzó una sonrisa.

—¿Cómo dices?

—El marido mantiene a la mujer, ¿no?

—Creí que eras miembro de las Women-Libs.

Rieron al unísono.

—La cocina debe estar por allí... Tienes un bonito apartamento, Richard. Es curioso. He rechazado infinidad de veces tus invitaciones y ahora, sin pensarlo, me presento aquí. A decir verdad necesitaba hablar con alguien. No es buena la soledad.

—Peor es una eterna compañía.

—Cínico.

Glenda abrió el frigorífico.

Lo inspeccionó dibujando en su rostro un gracioso mohín.

—No hay mucho donde elegir... Necesitas la mano de una mujer.

—Prefiero la mujer entera.

Glenda apartó una lata de espárragos, un bote de salsa y unos filetes de jamón.

—¿Abro una cerveza para ti, Richard?

—Estoy con *whisky*.

La muchacha se acomodó en la misma mesa de la cocina.

Gibson frente a ella.

Sonriendo al verla devorar tan frugal e intempestiva cena.

—¿Cómo es tu artículo referente a la vida social de Sandra Morley?

—He realizado un amplio informe, Richard. Toda una semblanza de los Morley, aunque centrada especialmente en el viudo Ken Morley. Un hombre de ciencia. Heredó una cuantiosa fortuna pero no se durmió en los laureles. De él nació la Fundación Morley que potencia a estudiantes de Medicina destacados. Sus centros sanitarios benéficos son todo un ejemplo de ciudadanía.

—Háblame de Sandra Morley.

—No la había deslumbrado la fortuna de su padre. Era una joven alegre y sencilla. Hija única. Con ella se rompía la tradición médica de los Morley. Sandra se había inclinado por la Literatura. Incluso llegó a publicar algunos libros, aunque editados con el dinero de Ken Morley.

—¿Qué me dices de su prometido?

Glenda empujó el plato.

Vació la lata de cerveza dando por concluida la cena.

Se incorporó.

—No existe tal prometido, Richard.

—Frederic Barnes.

—Rumores de revistas femeninas. Ciertamente Sandra y Frederic Barnes eran vistos con relativa frecuencia en las noches de San Francisco; pero no existía compromiso formal. Al menos nunca fue confirmado por los Morley.

—¿Lo hubiera rechazado Ken Morley? —preguntó Gibson rodeando los hombros de la mujer y encaminándose hacia el salón.

—No creo. Frederic Barnes es un afamado psiquiatra. Ken Morley le tiene gran aprecio. Prueba de ello es concederle la dirección del Psychic Center, la institución preferida por Ken Morley. Para mi artículo traté de entrevistarme con Frederic Barnes; pero rechazó todo tipo de contacto con la Prensa. Parece muy afectado por la muerte de Sandra.

—Espero que acepte platicar conmigo.

Glenda se había dejado caer en el sofá.

Se reclinó voluptuosa.

El ceñido suéter subió dejando al descubierto una franja de bronceada piel.

—¿Le consideras sospechoso?

Gibson se acomodó junto a la muchacha.

Tendió sus manos hacia la cintura femenina. Percibiendo el calor de su piel.

—Olvidemos eso ahora, Glenda... ¿Piensas quedarte?

—Dispones de un solo dormitorio, ¿no?

—Ahá.

—¿Estás dispuesto a dormir en el sofá?

—No.

Glenda le echó los brazos al cuello.

Atrayéndole hacia sí.

—Tampoco te lo permitiría...

Richard Gibson se apoderó ávidamente de los carnosos labios de la joven. Mordisqueándolos para luego cerrarlos en un apasionado beso.

Glenda estiró los brazos.

—Richard... Richard...

La voz de la muchacha sonó sensual.

Unieron sus bocas.

Enfebrecidos.

Dominados por el deseo.

—El teléfono, Richard...

—¿Qué?

—El teléfono —sonrió Glenda—. Está sonando... Gibson sacudió la cabeza.

Percatándose por primera vez del insistente timbre del teléfono.

Maldiciendo entre dientes se incorporó para acudir junto al aparato telefónico.

Atrapó el micro.

Sin ocultar su malhumor.

—Aquí Gibson... Ah, eres tú, James... No, no dormía... De acuerdo... Estaré ahí a primera hora.

Richard Gibson dejó nuevamente el auricular sobre la palanca.

Con lentitud.

Los ojos de Glenda estaban fijos en el detective.

—¿Ocurre algo, Richard?

Gibson tomó de la mesa la cajetilla de tabaco.

Encendió un cigarrillo. Exhaló una bocanada de humo que semiocultó, fugaz, sus endurecidas facciones.

—Mañana tengo que estar en Homicidios para firmar mi declaración.

—¿Declaración?

El detective asintió.

Cansinamente.

—Sobre Jacqueline «Post». Tú aún no conoces la noticia, Glenda. Jacqueline ha sido asesinada. En su propio domicilio. Le han cortado la cabeza. Yo descubrí el cadáver y... ¿qué haces, Glenda?

La muchacha se había levantado de un salto.

Se inclinó y tomó su bolso de mano.

Visiblemente nerviosa.

—¡No me habías dicho nada! ¡Me has tenido aquí sin decirme una sola palabra!

—Mañana te hubieras enterado por la Prensa.

—¿Por la Prensa? —Glenda no pudo controlar cierta furia—. Soy periodista, Richard. ¿Lo habías olvidado? ¡Yo debo escribir la noticia y no leerla!

—Otros compañeros...

—Yo soy uno de los designados para el caso Sandra Morley.

—La muerte de Jacqueline «Post» no...

El detective fue nuevamente interrumpido por la irritada Glenda:

—Jacqueline *Post* descubrió el cadáver. Y ahora aparece ella asesinada. Es lógico relacionar ambas muertes. Oye, Richard... tú puedes proporcionarme amplios detalles.

Gibson se dejó caer en el sofá.

—El teniente me ha prohibido toda declaración.

—Lo suponía. Voy entonces en busca de la información. ¡Adiós, Richard!

Gibson no contestó.

Con amarga sonrisa vio a Glenda alejarse hacia el *living* y abandonar el apartamento.

El detective terminó el cigarrillo.

Antes de acudir al dormitorio se apoderó de la botella de *whisky*.

Estaba otra vez solo.

E inconscientemente rememoraba la espeluznante escena vivida en el apartamento de Jacqueline «Post».

Aunque con Glenda hubiera resultado más sencillo y agradable, utilizaría la botella de *whisky* para tratar de conciliar el sueño.

CAPÍTULO X

El Psychic Center Morley distaba unas siete millas de San Francisco.

Una alta muralla rodeaba el centro sanitario, pero antes de llegar a él se atravesaba una amplia extensión de zona verde plagada de frondosos árboles de manera que los pacientes difícilmente podían divisar la muralla. Apartando así de ellos la sensación de encierro.

El edificio tenía forma pentagonal con dos anexos en su parte posterior. Un longitudinal porche de níveas columnas abrazadas por enredaderas cubría parte de la fachada principal.

Un asfaltado sendero cruzaba toda aquella verde extensión hasta llegar a la planicie existente frente al edificio.

Richard Gibson se identificó en el control de entrada situado en la verja de la muralla.

Concedido el permiso el Riviera se adentró por aquel sendero pródigo en árboles.

Gibson inspiró con fuerza.

Sus pulmones se llenaron de un aire muy distinto al que envolvía la ciudad de San Francisco.

En su breve recorrido hasta el edificio comprobó que muchos pacientes deambulaban por la ajardinada zona en total libertad. Sin la presencia, al menos visible, de enfermeros.

El Riviera quedó estacionado en el *parking*.

Richard Gibson cruzó la puerta principal del Psychic Center acudiendo a uno de los mostradores de recepción.

La enfermera le interrogó con la mirada.

—Quiero hablar con el doctor Morley.

—Rellene esta ficha y se le cursará a su domicilio notificación del día y hora en que puede ser recibido por el doctor Morley.

El detective ni se molestó en echar una mirada a la cartulina

ofrecida.

—Mi visita a Ken Morley es privada. Y urgente. Anuncie que Richard Gibson está aquí y desea verle.

La recepcionista no se inmutó.

—Tenemos unas normas, señor Gibson. Sin excepciones.

Un individuo había depositado una carpeta sobre el mostrador. Interrumpió el ademán de retirarse fijando su mirada en el detective.

—¿Es usted Richard Gibson?

—Sí.

El hombre tendió su diestra a la vez que sonreía cordial.

—Soy Andrew Dunham, secretario particular del doctor Morley. Sígame, por favor. Le conduciré junto al doctor.

Gibson ignoró piadosamente el encendido rostro de la recepcionista.

Acompañó al individuo a través del espacioso *hall* enfilando hacia uno de los amplios corredores.

Andrew Dunham frisaba en los treinta años de edad. Rostro de correctas facciones. Su vestimenta, traje gris knicker-bocker, contrastaba con los uniformes blancos del personal del Psychic Center.

—¿Le ha hablado de mí el señor Morley?

—En efecto. —Dunham volvió a sonreír—. Para los Morley soy algo más que un simple secretario. No hay secretos entre nosotros.

Andrew Dunham abrió una de las puertas del pasillo.

Correspondía a un lujoso despacho con amplios ventanales a la zona ajardinada del sanatorio.

Tras la mesa escritorio se encontraba Ken Morley.

—Gibson..., ¿ocurre algo?

—El señor Gibson estaba en recepción solicitando ser recibido —comentó Dunham— me he permitido acompañarle hasta aquí.

—Gracias, Andrew.

—Ha sido un placer conocerle, Gibson. Buenos días.

Andrew Dunham abandonó el despacho.

—Tome asiento, Gibson —el doctor señaló uno de los sillones de cuero situados frente a la mesa escritorio—. Me sorprende su visita al Psychic Center. Pudo telefonearme para establecer contacto conmigo.

—Vengo ahora de su domicilio particular. Su doncella me informó que le encontraría aquí.

—Hoy es mi día de trabajo en el Psychic Center. ¿Alguna novedad?

—¿No ha leído los periódicos?

—Si se refiere a la muerte de Jacqueline «Post» fui informado ayer noche por el teniente Boorman. Quiso que identificara la sortija. En efecto pertenecía a mi hija.

—Le supongo también al corriente de los resultados de la autopsia a Sandra.

El rostro de Morley se ensombreció.

Asintió con leve movimiento de cabeza.

—¿Cuál es su opinión como profesional médico?

—Una buena disección, aunque no realizada por un cirujano.

—¿Qué quiere decir, Morley?

—Actualmente a todos los licenciados en Medicina, cualquiera que sea su especialidad, se les exige cirugía. Por lógica un médico cuya rama no precise pisar un quirófano no tendrá la habitual destreza de un cirujano.

—Comprendo.

—¿Qué busca realmente en el Psychic Center, Gibson?

—De la autopsia realizada a su hija Sandra, con limpia extracción de su órgano vital, se delata a su asesino como un médico o un adelantado en Medicina.

—Comparto esa hipótesis. Un elevado tanto por ciento de mis amistades pertenecen o están vinculadas con la Medicina. ¿Piensa investigar uno por uno mis centros sanitarios? ¡Los médicos fijos superan el centenar!

Gibson esbozó una sonrisa.

—Ese trabajo lo realiza el teniente Boorman. Tiene medios y hombres para ello. Vengo ahora de Homicidios. Ya han descartado a un elevado número de médicos relacionados con usted y otros son sometidos a discreta vigilancia. Mis investigaciones siguen otros derroteros. El estar aquí es para hablar con Frederic Barnes.

—Eso sería perder el tiempo.

El detective entornó los ojos.

—Usted paga mi tiempo, Morley. Si considera que lo pierdo inútilmente puede prescindir de mis servicios.

Ken Morley se levantó del sillón comenzando a pasear nerviosamente en torno a la mesa.

—No he querido inmiscuirme en su trabajo, Gibson; pero sospechar de Frederic Barnes es ridículo.

—Sólo he comentado mi intención de hablar con él. Tengo entendido que mantenía cierta amistad con Sandra.

—Más que eso. Mi hija estaba enamorada de Frederic. Y él correspondía a ese afecto. Hubieran terminado por contraer matrimonio con mi total conformidad.

—¿Por qué ocultaron el compromiso?

—¿Ocultarlo? No, Gibson. Sus sentimientos nacieron hace pocos meses. Sandra me lo comunicó radiante de felicidad. Frederic tenía intención de hablarme de ello, pero lo fue demorando. Tal vez por temor a mi reacción. Era un secreto a voces. Incluso cierta Prensa femenina lanzó el rumor de un próximo enlace entre Frederic Barnes y mi hija. Sí... me hubiera agradado que Frederic y Sandra se vinieran en matrimonio y seguir así la tradición médica de los Morley.

—¿Sandra vivía con usted?

—Por supuesto. No era una joven alocada y frívola.

—¿Le importaría que echara un vistazo a la habitación de su hija?

El doctor Morley esbozó una amarga sonrisa.

Asintió.

—No tengo inconveniente. Ya lo ha hecho la policía. Yo estoy poco en casa. Le entregaré una nota para que Rosemarie, mi doncella, le permita inspeccionar todo el *bungalow*.

—Gracias.

El detective encendió un cigarrillo mientras que Ken Morley escribía en una rectangular cartulina.

Se la ofreció a Gibson.

—¿Continúa deseando hablar con Barnes?

—Sí.

Morley se encogió cansinamente de hombros.

Abandonaron el despacho.

Recorrieron varias dependencias del edificio.

—Esto no parece el clásico manicomio.

—Esa palabra ya está desterrada, Gibson. Al menos aquí. Cierto

que algunos pacientes deben ser sometidos a un tratamiento más... duro y especial. Son los internados en las salas Bloque A y Bloque B. Aislados de los demás enfermos que únicamente requieren una cura de nervios o leves trastornos mentales. Todos reciben el tratamiento adecuado. La psiquiatría actual obtiene grandes triunfos en las enfermedades mentales del hombre. Casos considerados como incurables son ahora solucionados. Andrew Dunham es un buen ejemplo de ello.

—¿Se refiere a su secretario?

Morley movió afirmativamente la cabeza.

—Andrew Dunham me fue entregado a la edad de catorce años. La policía le encontró aullando como un perro junto al cadáver de su madre. En una miserable casa de los barrios bajos de San Francisco. La madre de Dunham practicaba la magia negra y el ocultismo entre los ignorantes de la zona para así ganar unos dólares. Aquella casa semejaba la antesala del infierno. Cuando Andrew Dunham me fue confiado su mente había alcanzado el grado máximo de esquizofrenia. Fue uno de mis pacientes más difíciles. Seis años más tarde era dado de alta. He costado sus estudios de abogado y ahora trabaja para mí. Es mi hombre de confianza.

—Es en efecto una historia digna de destacar, aunque también hay casos de enfermos mentales dados de alta que luego vuelven a recaer.

Habían llegado a uno de los anexos del edificio.

Una puerta se abrió automáticamente dando paso al denominado Bloque A.

—Por supuesto, Gibson. La mente humana no se puede extirpar o sustituir. Todo enfermo mental dado de alta debe permanecer en contacto con su psiquiatra. Andrew Dunham está realmente sano, pero mantiene habituales conversaciones con la doctora Remick. Al igual que un elevado tanto por ciento de la gente considerada como... normal. ¿No ha acudido nunca a un psiquiatra, Gibson?

—Aún no.

—Le aconsejo que lo haga. Una vez al año como mínimo.

Ken Morley había accionado una de las primeras puertas del corredor para descubrir una amplia estancia de reducido mobiliario. Una mesa escritorio, un archivador, dos sillones y un diván.

Un hombre y una mujer en el centro de la habitación.

Ambos con bata blanca.

—Buenos días... ¿Dispone de unos minutos, Barnes?

La mujer se adelantó en la respuesta.

Con una sonrisa en los labios.

—Yo vuelvo a mi pabellón.

—Un momento... Quiero presentarle a Richard Gibson. La doctora Charlotte Remick, junto con el doctor Barnes y tres colegas más, son los responsables de los difíciles Bloque A y Bloque B.

Gibson y la mujer intercambiaron breves palabras de cumplido.

La mirada del detective fue inquisitiva.

Estudiando a la mujer.

Digna de todo un reconocimiento a fondo.

De unos treinta y cinco años de edad. Rostro atractivo. Cuerpo pródigo en curvas perfectamente distribuidas. Alcanzando una máxima y sensual madurez.

Una mujer capaz de volver loco a cualquiera ejercía como doctora en el Psychic Center.

Tenía gracia.

La mirada de Richard Gibson había quedado fija en los prominentes senos delineados bajo la blanca bata.

Charlotte Remick abandonó la estancia.

Con una cordial sonrisa de despedida a los presentes.

El doctor Morley también se aproximó a la puerta.

—Les dejo. El señor Gibson es un investigador privado contratado por mí, Barnes. Quiere hablarle.

Frederic Barnes no hizo ningún comentario.

Cuando el doctor Morley hubo abandonado el despacho se acomodó tras la mesa escritorio indicando con un gesto a Gibson para que tomara igualmente asiento.

—¿Un cigarrillo?

El detective aceptó un largo «Du Maurier» inglés.

—Me ha sorprendido, Barnes. No le hacía tan joven.

—Ya he cumplido los treinta y dos años. Hace cinco que me licencié en Psiquiatría.

—Una brillante carrera. Apuesto a que es el más joven de los médicos del Psychic Center.

—Correcto. Y ahora quiere preguntarme cómo llegué a director,

¿no es cierto?

Gibson sonrió.

El doctor Barnes era un individuo sagaz.

—Simple curiosidad.

—Fui designado por Ken Morley. Cuando decidí especializarme en Psiquiatría la Fundación Morley, dado mi brillante historial académico, me ayudó a ello. Es una norma de Ken Morley para acaparar cerebros privilegiados. Yo soy un buen psiquiatra. Lo he demostrado. Y como recompensa me fue ofrecida la dirección del Psychic Center.

—¿Antes o después de sus relaciones con Sandra Morley?

El aniñado rostro de Frederic Barnes se crispó.

Con un gran dominio de sí esbozó una sonrisa.

Desmentida por el brillo de sus ojos.

—Su pregunta rezuma suciedad, pero le disculpo. Le supongo deambulando siempre entre estercoleros. Pues bien, Gibson. Llevo ya dos años como director del Psychic Center. Mis relaciones con Sandra comenzaron hace apenas unos cuatro meses.

—¿Pensaba contraer matrimonio con ella?

—Sí.

—¿Cuándo la vio por última vez con vida?

—El día antes a su desaparición. Oiga, Gibson... Estoy contestando a sus preguntas por respeto al doctor Morley. La policía me ha interrogado varias veces, sufro el asedio de periodistas y...

—Sólo quiero cazar al asesino, Barnes.

—Y yo no puedo ayudarle. Ignoro quién fue el hijo de perra que mató a Sandra; pero si llega a caer en sus manos no tenga piedad de él. No puedo decirle nada más.

Richard Gibson se incorporó.

Dando por terminada la entrevista.

—Gracias por recibirme, Barnes.

Los dos hombres estrecharon sus manos.

Frederic Barnes pulsó un botón del tablero de mandos situado sobre la mesa escritorio.

—Un enfermero le acompañará. Es peligroso deambular por el Bloque A.

Minutos más tarde Richard Gibson se encontraba frente al volante de su Riviera.

Enfiló hacia San Francisco.

Ciertamente su visita al Psychic Center Morley no había resultado muy positiva.

Esperaba tener más suerte en el domicilio de los Morley.

CAPÍTULO XI

El 1462 de Grodin Boulevard correspondía a un confortable *bungalow* dotado de pequeño jardín, piscina y garaje. Circundado por un bien cuidado seto que le limitaba de los *bungalows* vecinos.

Richard Gibson empujó la frágil portezuela del seto.

Avanzó hacia la casa.

La voz le llegó desde la piscina.

—¡Eh!... ¿qué quiere?...

Gibson se desvió para cruzar el jardín en dirección a la piscina.

Allí, sobre una tumbona, estaba la joven mulata que le recibiera horas antes.

Tomando el sol.

De bruces sobre la colchoneta. Con un minúsculo bikini. La pieza superior sin ajustar a la espalda.

—¿Usted otra vez? —La muchacha no ocultó un mohín de desagrado al reconocer a Gibson—. Ya le he dicho que el doctor Morley...

—Vengo del Psychic Center. Tengo una nota para ti, Rosemarie.

El detective le tendió la cartulina proporcionada por Ken Morley.

La joven leyó con cierta desconfianza.

—¿Va a husmear por toda la casa?

—Tranquilízate, Rosemarie. Procuraré dejar todo en orden. Tú puedes seguir tomando el sol, aunque maldita falta te hace. Tu piel ya está deliciosamente bronceada.

—Quiero estar presente. —Rosemarie se levantó con agilidad—. Puede que algún objeto de valor quede olvidado en tus bolsillos.

La pieza superior del bikini, para desencanto de Gibson, quedó inverosímilmente acoplada a los erectos senos femeninos.

—Eres muy mal pensada, nena.

La mulata no respondió.

Con sensual movimiento de caderas se encaminó hacia el *bungalow*.

Seguida de Gibson.

Los ojos del detective contemplaban con admiración a la muchacha.

Una diosa de ébano. Felina como una gata. Con una cintura cimbreante que contrastaba con la redondez de caderas. El vientre liso. Los senos breves, túrgidos, duros...

—Te cae la baba, marrano.

La joven había sorprendido la lujuriosa mirada de Gibson.

—No te resulto simpático, ¿eh?

—Llevo pocos días en San Francisco. Sólo me he tropezado con bastardos.

Gibson parpadeó.

Algo perplejo.

—¿Dónde te encontró Ken Morley?

—Es mi madre la que sirve a los Morley —protestó Rosemarie ofendida—. Yo vivo en Los Ángeles. Ocurre que mi madre se puso enferma después de la horrible muerte de Sandra Morley. Mi madre lleva muchos años al servicio de los Morley. Quedó muy impresionada.

Richard Gibson dirigió una superficial mirada por el salón.

Sin dejar de conversar con la muchacha.

—¿Conocías a Sandra?

—Nos veíamos una vez al año. Por Navidad. Cuando yo me desplazaba para pasar las fiestas con mi madre. Soy actriz, ¿sabes? Mi nombre pronto brillará en Hollywood.

—No lo dudo. ¿Cuál es la habitación de Sandra?

—Sígueme.

Rosemarie abrió una de las puertas del corredor.

La estancia recibía la luz del sol por el amplio ventanal que daba al jardín y la piscina. Mobiliario de alegres colores y moderno diseño. Una de las paredes totalmente ocupada por una biblioteca formada por muebles por elementos. Originalmente formando una cruz gamada.

Richard Gibson inspeccionó en el tocador, la mesa de noche, los cajones de la biblioteca, por entre los libros...

Rosemarie chasqueó la lengua.

—No eres policía, ¿verdad? No... la policía ya estuvo por aquí.
¿Periodista?

—Investigador privado.

—¿De veras? ¡Me entusiasma Shaff!

—¿Eres racista, nena? —sonrió Gibson irónico mientras se encaminaba al contiguo cuarto de baño.

—También me gusta Harper. Por supuesto tú no eres como Paul Newman, pero tienes cierto atractivo.

Richard Gibson había descubierto un libro sobre el armario del baño.

Un cuaderno de tapas rojas. De unos cincuenta folios mecanografiados. El título en la portada destacaba poderosamente.

Astfelgor, el hijo del Averno.

Gibsonladeó la cabeza.

La mulata ya no estaba bajo el umbral.

Aquella circunstancia decidió que Richard Gibson doblara el cuaderno guardándolo en el bolsillo interior de la chaqueta.

Pasó al dormitorio inspeccionando nuevamente la biblioteca. No encontró ningún otro cuaderno o libro relacionado con el satanismo.

—¡Eh, Sherlock Holmes!

Rosemarie le llamaba desde el corredor.

Gibson abandonó el dormitorio.

Al final del pasillo se encontraba la joven de color.

Apoyada en el marco de entrada a una de las habitaciones.

Sonreía, sensual.

—¿No piensas registrar mi habitación?

Richard Gibson consultó la esfera de su reloj de pulsera.

Sí.

Disponía de algún tiempo para... inspeccionar la habitación de Rosemarie.

CAPÍTULO XII

Julie le dirigió una mirada de reproche.

—¿Por qué no me informaste ayer noche de lo ocurrido a Jacqueline «Post»?

Richard Gibson, acomodado tras la mesa escritorio de su despacho del Ascott Building, encendió un cigarrillo.

Sonrió.

—No quise quitarte el sueño.

—He estado intranquila toda la mañana. —Julie simuló cierto enfado—. Ya me disponía a marchar. ¿Por qué no te has presentado por aquí o simplemente telefoneado?

—Fue una mañana muy ocupada, Julie. Declaración en Homicidios, desplazamiento al Psychic Center, visita al domicilio de los Morley.

—¿Algún resultado?

—Negativo.

—Yo he tenido más suerte.

—¿De veras?

—Estuve en la peluquería frecuentada por Sandra Morley y hablé con la mujer que le atendió el día de su desaparición. El peinado a Sandra fue especial. Distinto al de otras veces. Para empezar Sandra solicitó recortar el pelo y peinarlo de forma que quedara recogido tras la nuca. Al preguntarle la peluquera el motivo, Sandra respondió que quería dar una sorpresa a alguien.

Julie esperó algún comentario del detective.

Al no recibirlo, exclamó:

—¿No lo comprendes, Richard? Sandra Morley solicitó el tipo de peinado ideal para llevar peluca.

Gibson exhaló una bocanada de humo.

Sin inmutarse.

—Las mujeres acostumbradas a llevar peluca supongo que

tendrán más de una. En el dormitorio de Sandra no había rastro de ellas.

—Cierto, Richard. La peluquera me lo confirmó. Sandra no las utilizaba. De ahí que le sorprendiera el peinado exigido. ¡Sandra compró ese mismo día una peluca rubia! ¡Fue la mujer que se desmayó en el Sirocco!

—Es posible.

—¡Seguro, Richard!

Gibson asintió con un movimiento de cabeza.

Esbozó una sonrisa.

—De acuerdo, Julie. Has hecho un buen trabajo. Tienes el resto del día libre.

—Yo no...

—Obedece a tu jefe, Julie.

La muchacha se encogió de hombros correspondiendo a la sonrisa del detective.

—Hasta mañana, Richard. Si me necesitas no dudes en telefonar. No saldré de mi apartamento.

Gibson quedó solo en el despacho.

Echó hacia atrás el sillón giratorio para así poder colocar los pies sobre la mesa.

Del bolsillo extrajo el cuaderno de tapas rojas.

Astfelgor, el hijo del Averno.

Comenzó la lectura.

Las primeras páginas estaban dedicadas a glosar la Corte del Averno encabezada por Satanás, jefe supremo. Adorado por Belfegor, Lucifer, Asmodeo, Leviatan, Blastor, Belcebú... y demás príncipes de las Tinieblas.

Luego seguía la presentación de un nuevo espíritu del Mal: Astfelgor, el hijo del Averno. Engendrado por Asmodeo representante de la Lujuria. En Astfelgor se entremezclaba la lujuria y la sangre.

Richard Gibson ahogó un bostezo.

Encendió un segundo cigarrillo.

Prosiguió la lectura.

Aquello era bazofia.

Por supuesto no figuraba el autor de aquel engendro literario.

La narración continuaba con los conjuros e invocaciones a

Astfelgor, la formación de discípulos adoradores...

El último capítulo estaba dedicado a los sacrificios en honor de Astfelgor.

Paulatinamente el rostro de Richard Gibson adquirió una tenue palidez.

Volvió a releer aquel espeluznante párrafo.

«Invocada la presencia de Astfelgor se procederá al sacrificio. Los adoradores colocarán a la joven designada como ofrenda en el Círculo de Sangre. Los discípulos de Astfelgor gozan de la belleza de la víctima. Belleza que luego es destruida para que ningún otro mortal pueda poseerla. Astfelgor arrancará con sus propias manos el corazón de la joven. Los adoradores cortarán la cabeza y miembros de la víctima hasta recubrir por completo el círculo de sangre. Sin cesar de invocar el nombre de nuestro amado Astfelgor».

Richard Gibson sintió un nudo en la garganta.

Aquel satánico sacrificio coincidía con la muerte padecida por Sandra Morley.

CAPÍTULO XIII

James Boorman depositó la vacía taza de café sobre la mesa. Se reclinó en el sillón.

—Por supuesto que vi ese cuaderno mecanografiado, Richard. Sandra Morley se dedicaba a escribir. Encontré una veintena de originales diseminados por la habitación.

—¿Dedicados al satanismo?

—Sinceramente no dediqué atención a los posibles temas. Sandra era una novel. Si publicaba algo era por mediación de su padre. La edición costeadada por Ken Morley.

—Ese cuaderno de tapas rojas no fue mecanografiado por Sandra.

El teniente de Homicidios esbozó una cansina sonrisa.

—Pronto saldremos de dudas, muchacho.

—El asesino siguió ese rito. Sospecho que si damos con el autor del cuaderno tendremos también al culpable.

Sonaron unos golpes en la puerta semividriera.

Sin esperar autorización un individuo penetró en el despacho de Boorman. En su diestra el cuaderno de tapas rojas.

—¿Y bien, Flecher?

—El texto fue mecanografiado con la máquina de escribir existente en el domicilio de Sandra Morley. Incluso los folios son de la misma marca y clase que los habitualmente utilizados por Sandra.

James Boorman dirigió una mirada de suficiencia al detective.

—¿Algo más, Flecher?

—Sandra Morley no mecanografió el cuaderno.

—¿Cómo? Acabas de decir que...

—Se utilizó la máquina de Sandra Morley, pero no fue ella, un simple cotejo entre los originales mecanografiados por Sandra y el texto del cuaderno rojo no ofrece dudas. Sandra Morley seguía el

método de los diez dedos. Una mecanografía perfecta. Sin errores de impresión. El autor de este cuaderno sólo utiliza cuatro dedos. El texto ofrece una casi constante desalineación en las letras mayúsculas, todos los signos de puntuación son pulsados con exceso y aparecen con profusión «letras veladas».

—Explícate.

El llamado Flecher asintió con un movimiento de cabeza.

—Las «letras veladas» delatan un mecanógrafo torpe y lento. Acompaña a las teclas en vez de pulsarlas marcando así en el papel una segunda letra al lado de la primera. Una huella borrosa y poco cargada de tinta, pero visible. Hay otros muchos más defectos que demuestran sin lugar a dudas que Sandra Morley no mecanografió el cuaderno.

—¿La misma certeza en la máquina?

—Sí, teniente. Se utilizó la de Sandra Morley.

—Gracias, Flecher.

El hombre abandonó el despacho dejando el cuaderno de tapas rojas sobre la mesa.

—Tenemos al asesino al alcance de la mano, James.

El teniente fijó la mirada en Gibson.

—¿De veras?

—Utilizó la máquina de escribir de Sandra. En el domicilio de ella. Alguien que goza de la total confianza de los Morley.

—Frederic Barnes.

—Ahá.

—¿Por qué? ¿Por qué iba a cometer tan monstruoso crimen? Era el prometido de Sandra. Se iba a casar con ella. Con el beneplácito de Ken Morley. Incluso terminaría heredando todo el imperio sanitario de Ken Morley.

—El móvil lo ignoramos, James; pero sólo él pudo hacerlo. Sólo Frederic Barnes puede disponer de una ambulancia y ocultar al paciente.

—Esa historia de la rubia del Sirocco no me convence, Richard.

Gibson atrapó el cuaderno de tapas rojas.

Lo abrió nerviosamente.

Rebuscando entre sus páginas.

Golpeó con el dedo índice una de las hojas finales.

—Aquí... Lee aquí, James... «A nuestro Astfelgor le serán

ofrecidos tres sacrificios. Tres mujeres jóvenes y bellas. La Semana Roja a Astfelgor, con la inmolación de las tres elegidas, se celebrará en la fecha que el mismísimo Astfelgor indique a sus adoradores...».

El detective arrojó el cuaderno hacia James Boorman, pero éste se limitó a cerrarlo y guardar en uno de los cajones de la mesa escritorio.

Aquella aparente indiferencia irritó a Gibson.

—¿No piensas hacer nada?

—¿Qué quieres? ¿Qué detenga a Frederic Barnes bajo la acusación de frecuentar la casa de Sandra Morley? ¡Era su prometido! Un doctor de prestigio que...

—Un doctor capaz de realizar una disección y extraer el corazón a un cuerpo humano.

El teniente Boorman inspiró con fuerza.

—No tienes que darme lecciones, Richard. Sé cómo hacer mi trabajo. Tú sí debes andar con más tacto. El apoderarte indebidamente del cuaderno podría costarte la licencia.

Gibson esbozó una fría sonrisa.

Se encaminó hacia la puerta.

Giró fijando su mirada en Boorman.

—La Semana Roja de Astfelgor... Pronto se cumplirán los siete días de la desaparición de Sandra Morley. En este corto plazo los adoradores de Astfelgor ofrecerán dos nuevas víctimas. Dos mujeres jóvenes y bellas.

—No seas ridículo —rió Boorman agriamente—. No discuto que el asesino haya seguido este satánico rito para desembarazarse de Sandra; pero sospechar que exista una secta de adoradores del Averno es absurdo. Incluso el nombre de Astfelgor es pura invención. No figura tal espíritu del Mal en la corte satánica del Infierno.

—Para saber eso teníamos que descender al mismísimo Averno.

—Yo no pienso ir, muchacho. Hazlo tú.

Gibson asintió.

Con un extraño brillo en los ojos.

—Lo haré, James... No lo dudes.

Richard Gibson se acomodó en la apartada mesa de una steaks House. Frente a un jugoso bistec con guarnición y un jarra de cerveza. Aquella iba a ser su cena. Su primer alimento sólido en

veinticuatro horas.

Encendió un cigarrillo.

En sus manos un ejemplar de
Black & Red.

El artículo de Glenda Wise era bueno. La saga de los Morley. Un estudio completo desde sus orígenes hasta el impresionante imperio médico consolidado por Ken Morley. También figuraban las características más importantes de los establecimientos sanitarios y su cuadro fijo de doctores. Incluso los colaboradores privados de Ken Morley. Entre ellos Andrew Dunham.

Andrew Dunham...

El detective dejó la publicación sobre la mesa.

Rememoró las palabras pronunciadas por Ken Morley en el
Psychic Center.

Andrew Dunham. Recogido a los catorce años por Ken Morley.
Un muchacho monomaniaco cuya madre se dedicaba a la brujería.

Una historia digna de investigar.

Richard Gibson se incorporó para acudir a las cabinas
telefónicas situadas al fondo del establecimiento.

Se introdujo en una de ellas discando un número en el dial.

El correspondiente a su secretaria Julie.

El sonido de llamada se repitió una y otra vez.

El detective colgó el micro para consultar su agenda de bolsillo.
El teléfono del apartamento de Julie estaba grabado en su mente,
pero no así el de recepción del edificio. Llamaría allí para cursar un
aviso a Julie.

Su dedo índice recorrió nuevamente el dial.

Ahora sí llegó una voz a través del micro.

—Apartamentos Belpheet.

—Quisiera dejar un aviso para la señorita Julie Britton, del
apartamento 502. Acabo de telefonar y no responde. Tome nota de
que mañana...

La voz interrumpió a Gibson.

—¿Ha dicho apartamento 502?

—Sí.

—No hace más de treinta minutos que la señorita Britton ha
sufrido un accidente. Se la llevaron en una ambulancia.

La mano derecha de Gibson se cerró con fuerza aprisionando el

auricular.

Pálido.

—¿Una ambulancia? ¿Qué tipo de accidente?

—Lo ignoro, señor. Según los camilleros se había recibido una llamada desde el apartamento 502 solicitando con urgencia una ambulancia.

—¿A qué centro la llevaron? ¿Qué nombre figuraba en la ambulancia?

Se hizo una pausa.

Interminable para Gibson.

—Ahora que lo menciona... Es curioso. No había ningún rótulo en la ambulancia.

CAPÍTULO XIV

La ambulancia se detuvo con estridente chirriar.

Los faros del vehículo se apagaron y encendieron en reiteradas intermitencias.

La comarcal era en aquellas horas de la noche de nulo tráfico. Utilizada únicamente para acudir al Psychic Center Morley. El asfaltado sendero envuelto en la oscuridad y escoltado por frondosos árboles que emergían fantasmagóricos.

De la cuneta izquierda rugió el motor de un auto.

Con los focos encendidos iluminó momentáneamente la ambulancia para acto seguido situarse delante.

Era un «Challenger RT».

Descendió Andrew Dunham.

Los dos hombres de la ambulancia también abandonaron el vehículo.

Ambos lucían un gris uniforme.

—¿Todo bien, Billingsley? —inquirió Andrew Dunham con ronca voz.

—Perfecto —respondió el llamado Billingsley—. Resultó sencillo teniendo en nuestro poder la llave del apartamento. Julie Britton ya estaba inconsciente cuando llegamos.

Dunham sonrió.

En sus ojos un fuerte destello.

—El gran Astfelgor nos facilita el trabajo.

Los dos hombres de gris intercambiaron una mirada.

Procedieron a quitar de la ambulancia la lámina adhesiva que ocultaba el rótulo del Psychic Center Morley. También se despojaron del uniforme luciendo ahora vulgares trajes de calle.

—Esperadme diez minutos antes de seguirme —ordenó Andrew Dunham—. Nos reuniremos en el lugar de costumbre.

—De acuerdo.

Dunham se introdujo en el «Challenger RT» inician de la marcha.

Los dos hombres se acomodaron en el asiento delantero de la ambulancia.

—¿Te has fijado en sus ojos, Alan? Le brillan como ascuas.

Alan Billingsley frisaba en los cuarenta años de edad Rostro cuadrado. Facciones angulosas.

Dirigió una cínica mirada a su compañero.

—¿Por qué te sorprende, Peter? Andrew Dunham siempre está así ante la visita del todopoderoso Astfelgor.

Peter Wilcox se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa. Nerviosamente.

—Esto no me gusta...

—¿De veras? —rió Billingsley—. La chica... esa tal Julie... es una preciosidad. ¿No te agrada?

—Me refiero a...

—Lo sé, muchacho. Hay que tener estómago. Me sorprendiste con Sandra Morley. Te observé. Reías al descargar el hacha sobre su cuerpo.

—¡Maldita sea, Alan! ¡Cierra la boca!

—Okay.

Permanecieron en silencio.

Peter Wilcox consultó su reloj de pulsera.

Sus manos aferraron el volante iniciando la puesta en marcha del vehículo. Recorridas un par de millas de distancia se divisaron las luces del Psychic Center Morley.

La ambulancia se detuvo en el control de entrada.

—Sois dos fulanos de palabra —sonrió el guardián—. Estaba temiendo que alguien se percatara de la falta de la ambulancia.

—Tres horas como máximo, Alfred —correspondió Billingsley a la sonrisa—. Eso fue lo acordado, ¿no? Somos conscientes de tu responsabilidad y aquí estamos. Nadie se enterará. Las ambulancias de los Bloques

A y B

no se utilizan con frecuencia. Son casos extremos y...

—Pudiera ocurrir, Alan. Si llega a saberse que la utilizas para tus citas amorosas me juego el puesto.

Billingsley hizo un gesto de complicidad a su compañero Peter

Wilcox.

—Teníamos tres horas de descanso y había que aprovecharlas, ¿eh, Peter?

—Seguro. Encontramos a un par de chicas antes de llegar a San Francisco. Al principio se mostraron algo reacias a hacer el amor en una ambulancia.

Los tres hombres rieron divertidos.

Alan Billingsley alargó el brazo por la ventanilla.

—Aquí tienes, Alfred. Los veinte dólares prometidos.

El guardián los guardó precipitadamente.

—Si alguien...

—Tranquilo. Yo soy el jefe de las cocheras. ¿Has registrado acaso nuestra salida y entrada?

—Por supuesto que no.

—Entonces no debes preocuparte por nada.

La ambulancia cruzó bajo el arco.

No siguió la asfaltada pista que conducía a la fachada principal del Psychic Center, sino que se adentró por una de las bifurcaciones que bordeaban la muralla llegando hasta los posteriores anexos del edificio.

El vehículo descendió por una de las rampas hasta detenerse en la amplia nave donde se alineaban varias ambulancias.

Los dos hombres abandonaron la cabina.

Uno de los montacargas se detuvo en el hangar.

Andrew Dunham salió de la cabina.

—Todo está preparado.

Peter Wilcox abrió la puerta trasera de la ambulancia.

En una de las camillas yacía Julie. Sujeta con dos anchas correas. Una cinta adhesiva taponando su boca.

—¡Eh, Alan!... Nuestra invitada ya ha despertado.

En los ojos de Julie, desmesuradamente abiertos, se reflejaba un brillo de terror. Sacudía la cabeza desesperadamente en un vano intento por incorporarse.

Billingsley y Wilcox transportaron a la muchacha hacia el elevador donde ya les esperaba Andrew Dunham. Éste pulsó el último botón del tablero de mandos.

Segundos más tarde abandonaban el montacargas para enfilar por un largo y silencioso corredor.

Una puerta de guillotina se alzó automáticamente.

La estancia amplia.

Vacía.

Carente de todo mobiliario.

En el suelo aparecía dibujado un extraño círculo de unas dos yardas de diámetro. De grueso trazo rojo. En su interior símbolos del Mal y signos cabalísticos.

Tres cirios encendidos formaban un triángulo.

También en el interior de aquel círculo, incrustadas en el suelo, sobresalían cuatro argollas convenientemente situadas.

Andrew Dunham hizo visible un armario empotrado.

Tres túnicas negras con un círculo rojo a la espalda. También había allí dos hachas escocesas. Y un estuche conteniendo instrumental de cirugía.

Los tres hombres se cubrieron con las túnicas.

Billingsley y Wilcox quitaron las correas que inmovilizaban a Julie. Incluida la cinta adhesiva que taponaba su boca.

Julie comenzó a gritar.

En desgarrador alarido.

—Grita cuánto quieras, muchacha —rió Alan Billingsley—. Estamos en un manicomio. Todas las paredes son aislantes.

—Llevarla al Círculo de Sangre —ordenó Andrew Dunham con el rostro transfigurado. Con los ojos desorbitados y presa de satánicos destellos.

Billingsley y Wilcox obedecieron.

Riendo ante la desesperada resistencia ofrecida por Julie.

Sin compartir el estado de ánimo que parecía dominar a Andrew Dunham.

Las manos y tobillos de Julie quedaron aprisionadas por las argollas. Los dos hombres procedieron a desvestirla. Recreándose lascivamente.

—¡Rápido, malditos! —gritó Dunham con desencajadas facciones—. ¡Tenemos que invocar la presencia de Astfelgor!

Dunham, Billingsley y Wilcox se arrodillaron alrededor del círculo. Frente a cada uno de los cirios encendidos.

Andrew Dunham alzó los brazos.

Sus ojos quedaron en blanco.

—¡Oh, poderoso Asmodeo! ¡Príncipe de la Lujuria!... Ruega a

nuestro señor Lucifer, rey de los espíritus del Mal, para que acceda a la presencia mortal de su hijo Astfelgor. Que abandone las moradas del Averno y adquiera forma humana ante nuestros ojos. ¡Gran Astfelgor! ¡Hijo predilecto del Averno! Ven a recibir nuestro segundo sacrificio en tu Semana Roja. ¡Acude a nosotros, Astfelgor! ¡Te esperamos!...

El conjuro era pronunciado por Dunham.

Billingsley y Wilcox se limitaban a repetir una y otra vez el nombre de Astfelgor.

Julie había enmudecido por el terror.

Contemplando alucinada aquella satánica escena.

Pero sí comenzó a gritar horrorizada cuando de una de las paredes vio surgir una tenue nube de azulado humo que paulatinamente se hizo más densa.

La sala se llenó de un acre olor a azufre.

Dunham, Billingsley y Wilcox inclinaron la cabeza hasta tocar el suelo.

La única en presenciar la fantasmal aparición fue Julie.

Allí estaba.

Astfelgor.

También con una túnica negra. Rostro deforme. Ulcerado. Cubierto de llagas. Carecía de ojos. Sólo dos negruzcos orificios. Su boca era un nauseabundo boquete sin labios.

Habló.

Con voz de ultratumba.

—Aquí estoy, mis fieles discípulos... Comenzad el sacrificio...

Peter Wilcox fue el último.

Se incorporó jadeante.

Sus ojos aún contemplaban lujuriosos el cuerpo de Julie.

Andrew Dunham acudió al armario apoderándose del estuche. Lo abrió para ofrecerlo al demoníaco ser.

—Gran Astfelgor...

Astfelgor había presenciado la orgía de sus discípulos desde uno de los rincones de la sala.

Se aproximó con lento paso.

Su diestra tanteó los instrumentos quirúrgicos del estuche apoderándose de un afilado escalpelo.

Avanzó hacia Julie.

La muchacha mantenía los ojos cerrados.

Resignada a su suerte.

Con la garganta ya enronquecida. Consciente ya de lo vano de sus gritos.

Percibió la proximidad del monstruo.

Entreabrió los ojos.

Aquel deforme rostro respiraba sobre ella. Y un nuevo y desgarrador alarido brotó de Julie. Desdibujando sus facciones en una indescriptible mueca de terror.

Andrew Dunham comenzó a danzar alrededor del círculo.

Invocando el nombre del espíritu infernal.

—Astfelgor... Astfelgor... Astfelgor...

El escalpelo se posó en la garganta de Julie. Se hundió en su carne dibujando un surco sanguinolento. El tronco quedó abierto de arriba abajo. La hoja cortó la vena cava superior que va al corazón, la inferior, las suprahepáticas...

La mano izquierda de Astfelgor arrancó el corazón de la infortunada muchacha.

Sangrante.

Goteando sobre el maléfico círculo.

—Astfelgor... Astfelgor... Astfelgor...

Billingsley y Wilcox ya estaban en posesión de las hachas escocesas.

A una indicación de Astfelgor se abalanzaron sobre Julie. Descargando la curva hoja de acero sobre su cuerpo. Cercenando sus brazos, piernas, cabeza...

Andrew Dunham continuaba danzando.

—Astfelgor... Astfelgor... Astfelgor...

CAPÍTULO XV

El auto abandonó la autopista adentrándose por la comarcal que conducía al Psychic Center Morley.

A gran velocidad.

Dos vehículos más le seguían.

—Desconecta la sirena —ordenó el teniente Boorman—. Aquí el tráfico es nulo.

El policía acomodado junto al conductor alargó el brazo derecho para apoderarse del aparato de alarma acoplado sobre la capota.

—Si ese bastardo le ha hecho algo a Julie...

—Calma los nervios, Richard. Todo acusa a Andrew Dunham, pero no tenemos pruebas de que...

—¿Pruebas? ¡Maldita sea! ¿Qué más quieres, James? Tú mismo has investigado los antecedentes de Dunham. Su madre practicaba el satanismo. Según los recortes de prensa era adoradora de Astfelgor, el hijo del Averno. Murió de un ataque al corazón, en presencia de su hijo Andrew Dunham, mientras invocaba la presencia de ese Astfelgor. Andrew Dunham sigue sus enseñanzas. El redactó el cuaderno de tapas rojas. Es él quien mató a Sandra, a Jacqueline y ahora tiene en su poder a Julie.

—Hubiera sido mejor efectuar un registro en su domicilio.

—No hay tiempo de eso, James. La vida de Julie está en peligro. Andrew Dunham es un psicópata. Un loco que ofrece sacrificios humanos al fantasmal espíritu del Averno.

—El doctor Morley asegura que cometemos un grave error.

—¿De veras? ¿Qué hace Andrew Dunham a estas horas en el Psychic Center? La llamada al control de entrada nos informó de su llegada hace ya más de dos horas.

—Y también que ninguna ambulancia del Psychic Center había efectuado servicio en la noche de hoy. De ningún centro sanitario se envió una ambulancia al apartamento de Julie.

Llegaron ya ante la muralla que rodeaba el centro psiquiátrico.

El auto frenó junto al control de entrada.

Richard Gibson y el teniente descendieron del asiento posterior.

—Soy el teniente Boorman. ¿He hablado con usted telefónicamente?

—Sí, señor —respondió el guardián con visible nerviosismo—. Tengo registrada la entrada de Andrew Dunham a las diez horas y siete minutos. Todavía sigue en el interior.

—¿Ninguna ambulancia salió hoy entre las dieciocho y veinte horas?

—No...

—¿Dónde encontraremos a Andrew Dunham?

—Supongo que en las oficinas... En recepción le informarán con mayor detalle.

Boorman se introdujo nuevamente en el auto.

—¡Sube, Richard!

—Me quedo aquí.

El teniente iba a protestar, pero optó por maldecir entre dientes y ordenar al conductor seguir la marcha hacia el edificio.

Richard Gibson fijó sus ojos en el guardián.

—¿Cuál es su nombre?

—Quentin... Alfred Quentin...

—Estamos investigando la muerte de Sandra Morley. Se han cometido ya dos crímenes. Si encubre a alguien puede ser juzgado como cómplice.

—Yo no...

—Una ambulancia entró casi al mismo tiempo que Andrew Dunham, ¿verdad?

—El registro no...

—¡Al diablo con su registro! —Gibson atrapó al individuo por las solapas—. Una ambulancia salió y regresó a las pocas horas, ¿no es cierto? ¡Responde!

—S... dos enfermeros... Billingsley y Wilcox...

—¿Acudieron a realizar algún servicio?

—No... salieron para aprovechar unas horas de asueto... Yo no...

—¿Dónde puedo localizarles? ¿Dónde está la ambulancia?

—Son enfermeros de los Bloque A y Bloque B. El primer anexo...

allí están las ambulancias que...

Gibson ya no quiso escuchar más.

Como una exhalación corrió por el sendero que bordeaba la muralla en dirección a la parte trasera del edificio.

Los dos anexos.

Divisó la rampa de descenso.

Sudoroso y jadeante bajó al hangar.

Varias ambulancias se alineaban a izquierda y derecha.

Uno de los vehículos, el más próximo al montacargas, mantenía abierta la portezuela delantera. Existía un doble fondo en el asiento. En su interior una bolsa de plástico.

Conteniendo la ensangrentada cabeza de Julie.

Richard Gibson se aferró a la puerta.

Con las mandíbulas apretadas.

Sin dominar su ira.

Presa de la desesperación.

Fue entonces cuando la cabina del elevador se detuvo en el hangar.

Apareció Peter Wilcox arrastrando otra bolsa de plástico. Conteniendo las extremidades de Julie.

Al percatarse de la presencia del detective quiso retroceder, pero ya era demasiado tarde.

Richard Gibson, con un grito de fiera herida, se abalanzó sobre él.

—¡Hijo de perra! ¿Dónde está Dunham? ¿Dónde están los otros?

Wilcox trató de defenderse, pero los puños del detective caían una y otra vez sobre su rostro.

Sin piedad.

Machacando sus ojos, nariz y boca.

Peter Wilcox se desplomó, aunque ello no le privó de continuar recibiendo golpes. Brutales puntapiés en el estómago y bajo vientre.

—Basta... basta... en el sótano... están en el sótano... en las salas deshabitadas...

Gibson le pisoteó, ahora, la cabeza.

Hasta dejarle sin sentido.

Ofuscado por la furia penetró en el montacargas pulsando el último botón.

La cabina inició el descenso.

Al salir se encontró frente a un amplio y solitario corredor. Diferentes salas a izquierda y derecha. La mayoría de ellas carentes de todo mobiliario.

Se disponía a inspeccionarlas una por una cuando vio aparecer al final del pasillo, procedente de una de las salas, a un individuo arrastrando otra de las macabras bolsas de plástico.

Corrió hacia él.

La reacción de Alan Billingsley fue rápida.

Cuando el detective llegó junto a él ya le esperaba con una de las ensangrentadas hachas en la diestra.

Gibson se apoderó de su revólver.

Disparó cuando ya la hoja de acero se levantaba sobre su cabeza.

Billingsley recibió el proyectil entre los ojos.

El detective saltó sobre el cadáver penetrando en la sala.

Se detuvo.

Sorprendido por la espeluznante escena.

Andrew Dunham se revolcaba en un círculo de sangre. Vociferando el nombre de Astfelgor. Escupiendo espuma por la boca. Con los ojos desorbitados. Ajeno a la presencia de Gibson.

El detective se adentró en la sala.

Junto a la pared del fondo descubrió un bote de humo.

También divisó un interruptor que, al presionarlo, hizo subir una puerta de guillotina.

Y en la sala contigua estaba él.

La fantasmal criatura del Averno. Con la túnica negra. Con su deforme rostro cubierto de llagas...

La sorpresa también parecía haber hecho presa en el demoníaco personaje.

—¡Atrás! ¡Atrás o la maldición de Astfelgor caerá sobre ti...!

Gibson esbozó una fría sonrisa.

Se aproximó lentamente.

—Ni todos los engendros del Averno serían capaces de detenerme ahora.

El monstruo intentó huir.

La mano derecha de Gibson, armada con el revólver, realizó un veloz semicírculo.

El cañón golpeó aquel deforme rostro.

No le dio tregua.

Volvió a golpear hasta hacerle caer.

La túnica se entreabrió.

Richard Gibson detuvo el brazo en alto.

Sin descargar nuevos golpes.

Dominándose.

Dirigió una despectiva mirada al cuerpo femenino. Con la zurda arrancó la máscara de piel que cubría el rostro de la doctora Charlotte Remick.

CAPÍTULO XVI

Richard Gibson se refrescó la nuca en uno de los servicios existentes en la Sección de Homicidios.

Tenía los ojos enrojecidos por la falta de descanso y las emociones sufridas en las últimas horas.

Ya el sol de un nuevo día iluminaba la ciudad de San Francisco. Después de una noche de pesadilla.

Volvió junto a Boorman.

A su despacho privado.

El rostro del teniente también reflejaba fatiga.

—Bien... Ya tengo las declaraciones de Charlotte Remick y Peter Wilcox. Han dado todo tipo de facilidades. Santo Dios... ha sido un caso realmente espeluznante.

Gibson se dejó caer en uno de los sillones.

Encendió un cigarrillo.

Con cansinos movimientos.

—Me gustaría tener respuesta a algunos interrogantes, James.

—Por supuesto, muchacho. Tú, una vez más, has sido pieza clave. Intervención eficaz. Incluso el fiscal del distrito te catalogó como... extremadamente eficaz. Según él tu disparo a Alan Billingsley pudo evitarse.

El detective cerró con fuerza los puños.

—Me atacó con un hacha. Minutos antes había contemplado el descuartizado cadáver de Julie. Disparó a matar. Sin darle oportunidad a que descargara el hacha sobre mí. El fiscal es un hijo de...

—Tranquilo, Richard. Yo te comprendo. Nos hemos enfrentado con algo realmente siniestro y diabólico. Se puede decir que todo empezó dos años atrás. En el momento en que Charlotte Remick y Frederic Barnes se conocieron. Ciertamente llegaron a comprometerse, pero Frederic Barnes, encumbrado por Ken Morley,

fue olvidando paulatinamente sus relaciones sentimentales con Charlotte. Su amistad con Sandra y posterior compromiso no es asimilado por Charlotte. Ciega de odio y rencor decide no dejarse arrebatar el amor de Frederic Barnes. Sin reparar en procedimientos. Para ello empieza a madurar un demoníaco plan.

—Andrew Dunham.

El teniente asintió.

—Correcto. Andrew Dunham. Un joven al que Ken Morley consiguió curar de su esquizofrenia, pero que en manos de la doctora Remick se convirtió en un pelele fácil de manejar. Dunham, a los catorce años de edad, presencié cómo su madre moría de un ataque cardíaco después de invocar la presencia de cierto espíritu del Mal llamado Astfelgor. Con ritos y sacrificios que jamás se llevaron a la práctica, pero que quedaron en la mente de Andrew Dunham.

—Y Charlotte Remick se aprovechó de ello.

—Sí, Richard. En sus habituales contactos con Dunham, lejos de quitarle todo síntoma neurasténico, le inducía a seguir los pasos de su madre. Creó en Dunham una doble personalidad. Le convirtió en el máximo y fiel discípulo de Astfelgor. Drogándole y oscureciendo su frágil mente. Andrew Dunham mecanografió sus recuerdos de adolescencia.

—¿Con el conocimiento de Charlotte?

—No. Ella ignoraba la delatora existencia del cuaderno de tapas rojas. Sin duda Dunham lo redactó en un momento de éxtasis. Sandra, novel de la literatura, tal vez lo tomó con la esperanza de hallar argumento para alguna de su novelas.

—Charlotte pudo desembarazarse de Sandra Morley sin recurrir a tan monstruoso y maquiavélico plan.

—Es posible, pero utilizando a Dunham todo era más fácil. Ella no corría riesgo alguno. Se mantenía en las sombras. En sus sesiones con Dunham le narcotizaba y profundizaba en su mente impulsándole a seguir los deseos de Astfelgor. Incluso llegó a caracterizarse con una deforme máscara y ordenó a Dunham la realización de sacrificios en la denominada Semana Roja.

—Con Sandra como primera víctima.

—Sí, Richard. Sandra telefoneó a Frederic Barnes el día de su desaparición para citarle en el Sirocco. Quería darle una sorpresa

con la peluca recién adquirida. Telefonó al Psychic Center y fue Charlotte quien recibió el aviso. No lo pasó a Frederic Barnes. Decidió que había llegado el momento de actuar. Un tal Alan Billingsley, enfermero de los Bloque A y Bloque B, obedecería sus órdenes.

—¿Por dinero?

—Dinero y algo más. Alan Billingsley y Peter Wilcox fueron sorprendidos hace unos meses por Charlotte cometiendo actos deshonestos con una paciente. Billingsley y Wilcox eran individuos sin escrúpulos. Charlotte no les denunció. Todo lo contrario. Les facilitó el cometer ultrajes a pacientes femeninos para así tenerles más involucrados. Llegado el momento de eliminar a Sandra, y prometiéndoles unos miles de dólares, no se negaron a obedecer. Billingsley acudió al Sirocco y echó un somnífero en el *gin-tonic* de Sandra. Luego simuló llamar a una ambulancia cuando en realidad su compañero Peter Wilcox esperaba unas manzanas más abajo. Se llevaron a Sandra al Psychic Center contando con la inocente complicidad del guardián que no registraba las salidas y entradas de la ambulancia. En uno de los sótanos deshabitados del Bloque B se cometió el monstruoso crimen. Charlotte se disfrazada de... Astfelgor para así dominar aún más la mente de Dunham. Éste mantenía un desdoblamiento de personalidad. Era un juguete dominado y controlado por Charlotte.

Gibson aplastó el cigarro.

Con furia mal contenida.

—¿Por qué utilizar a Dunham? Charlotte pudo desembarazarse de Sandra con la colaboración de esos dos enfermeros.

—Tal vez, pero en Dunham encontraba un hombre dócil y dispuesto a obedecer ciegamente. Si algo salía mal Andrew Dunham, con su enfermiza mente, acaparar ría todas las responsabilidades. Charlotte siempre permaneció en las sombras. Oculta bajo su demoníaca apariencia de Astfelgor. Incluso se sometió a las exigencias de Dunham siguiendo fielmente el ritual a Astfelgor. Rememorado por Dunham en el cuaderno. A Charlotte no le importó arrancar el corazón de Sandra en operación semiquirúrgica. Eso confundiría aún más a la policía.

Richard Gibson mesó sus cabellos.

Por unos instantes permaneció con el rostro oculto.

—Julie... Julie... ¿por qué ella? ¿Por qué Julie?

El teniente se incorporó abandonando la mesa escritorio.

Apoyó su diestra en el hombro de Gibson.

—No entraba en los planes de Charlotte más muertes. Sólo le interesaba la desaparición de Sandra para así recuperar el amor de Frederic Barnes; pero la enfermiza mente de Dunham seguía fielmente el ritual a Astfelgor. Tres víctimas. Tenían que ser tres las muchachas ofrecidas a Astfelgor. Según la declaración de Charlotte no hubo forma de disuadirle. Incluso contra su voluntad se presentó en el domicilio de Jacqueline «Post» para vengar la ofensa hecha a Astfelgor por el robo de la sortija. Dunham era ya incontrolable. Tenían que ser tres las víctimas para así calmarle. Fue Alan Billingsley quien sugirió el nombre de Julie. La vio merodeando por el Sirocco haciendo preguntas. La siguió descubriendo que era secretaria de un investigador privado. Charlotte accedió a que fuera la segunda víctima. Ella misma se personó en el apartamento de Julie mediante engaño, la narcotizó y cedió las llaves a Wilcox y Billingsley. El resto...

—Sí..., el resto ya lo conozco.

—Pagarán sus crímenes, Richard. Charlotte, Wilcox... Ellos son los verdaderos hijos del Averno. Andrew Dunham está ahora en un grado máximo de demencia. Toda la labor de Ken Morley fue echada a perder por los malignos deseos de una mujer, una mujer que por conseguir un amor recurre a los más monstruosos crímenes. Algo espeluznante que sólo el amor o el odio logra realizar.

—Amor, odio... No, James. Ningún sentimiento extremo justifica esas horribles muertes. Sólo la locura. La locura de Charlotte y la de individuos como Wilcox y Billingsley. Muerte, violencia, sangre... todos habitamos en un descomunal manicomio. Todos estamos locos, James.

Richard Gibson se abrió paso entre el nutrido grupo de periodistas que esperaban impacientes ser recibidos por el teniente Boorman.

Vociferando con sus cuadernos preparados.

Agitando sus máquinas.

Ávidos de conocer detalles y ofrecerlos al morbo de sus lectores.

Locos.

Todos locos...

Gibson abandonó el edificio.

Al llegar junto a su Riviera descubrió a Glenda Wise acomodada en el asiento delantero.

El detective se situó frente al volante.

Fijó sus ojos en la silenciosa muchacha.

—El teniente recibirá a tus colegas de un momento a otro, Glenda. Un magnífico material espera para el Black & Red.

La joven esbozó una leve sonrisa.

—He presentado mi dimisión, Richard. Ya no pertenezco al Black & Red.

Estoy sin trabajo.

Se miraron a los ojos.

—Abandono San Francisco por unas semanas, Glenda. Necesito olvidar, o al menos intentarlo, esta horrible pesadilla. Tal vez me decida por Miami. El doctor Morley, aun a pesar del duro golpe recibido al descubrir a los culpables, ha sido muy generoso en el pago. Te invito a pasar conmigo esas semanas de descanso.

—¿Hotel y comida?

—Ahá. Todos los gastos. No es necesario equipaje. Compraremos ropa en el camino. Nos vamos ahora mismo al aeropuerto.

—¿Sabes una cosa, Richard? Te saldría más económico casarte conmigo. Al regreso de Miami nos detenemos en Las Vegas, ¿eh?

A los labios de Gibson asomó también una tenue sonrisa.

No era mala idea.

Richard Gibson inició la marcha.

Deseoso de abandonar San Francisco.

Aquella infernal ciudad de locos.

Ignorando que toda la Tierra es un gigantesco manicomio.

FIN

INO, NO, NO! ¿POR QUÉ TODOS LOS HOMBRES BUSCÁIS LO MISMO
EN MÍ?



¡LORENA!

SÓLO TENÍA UNA ALTERNATIVA: ¡HUNDIRSE EN EL VICIO!
UN SERIAL QUE ENTERNECERÁ A TODAS LAS MUJERES, ESCRITO POR SU
AUTORA PREDILECTA:

Corin Tellado

CÓMPRELO TODAS LAS SEMANAS, POR SÓLO 35 PESETAS, CON GRAN CANTIDAD
DE FOTOGRAMAS DE LOS MOMENTOS MÁS DRAMÁTICOS!
Y ESCÚCHELO, DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EMISORAS DE LAS
CADENAS REM - CAR Y CES. ¡A LA HORA DEL SERIAL!
UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

